CÉSAR REYES

EL SITIO
DE
LA RIOJA DE 1862

El pasado contiene el porvenir
VICO.

«Al Gefe de las fuerzas de la Plaza—Si entro de media hora no se rinde con la fuerza á sus órdenes, entraré á viva fuerza y pasaré á degüello á todo habitante que encuentre en esa plaza—JUAN GREGORIO PUEBLAS».
(Mandaba 700 gauchos)

«Al salteador Juan Gregorio Pueblas—La horca está levantada en esta plaza para Ud. y para toda la turba de asesinos que tiene Ud. á sus órdenes, en esta virtud puede Ud. atacar que será bien recibido.
MANUEL MORILLO».

(Capitán del 6o de línea, al mando de 60 infantes del mismo, y 70 más de guardias nacionales, riojanos.

La Rioja, Febrero de 1916

Talleres Tip. de PEDRO GIRAUD
LA RIOJA



LA RIOJA, JULIO 20, 1915
Torre de la antigua Iglesia Matriz de donde el Comandante José Miguel Arredondo miraba la montonera cuando el sitio memorable de 1862
A Punto donde Arredondo estaba colocado.

CÉSAR REYES

EL SITIO DE LA RIOJA DE 1862

El pasado contiene el porvenir
VICO.

«Al Gefe de las fuerzas de la Plaza—Si entro de media hora no se rinde con la fuerza á sus órdenes, entraré á viva fuerza y pasaré á degüello á todo habitante que encuentre en esa plaza—JUAN GREGORIO PUEBLAS».

(Mandaba 700 gauchos)

«Al salteador Juan Gregorio Pueblas—La horca está levantada en esta plaza para Ud. y para toda la turba de asesinos que tiene Ud. á sus órdenes, en esta virtud puede Ud. atacar que será bien recibido.

MANUEL MORILLO».

(Capitán del 6o de linea, al mando de 60 infantes del mismo. y 70 más de guardias nacionales, riojanos.

La Rioja, Febrero de 1916

Talleres Tip. de PEDRO GIRAUD
LA RIOJA

EL SITIO DE LA RIOJA

28 de Mayo de 1862

Voy á historiar aquí, al trazar de estas líneas, el sitio que la *montonera* á las órdenes del general Angel Vicente Peñaloza y de su segundo el «gaucho malo» de San Luis, Juan Gregorio Puebla, puso à la ciudad de La Rioja el 28 de Mayo de 1862, y heme de referir á la narración que de ese hecho me hace por carta y á mi pedido un testígo ocular y *militante* en el sitio, único sobreviviente, de este carácter, á los que combatieron en esa ocasiòn, quien es un anciano septuagenario, don Fermín A. de la Colina; á la par también que baso este escrito en documentos de otros testigos presenciales ya fallecidos, docu-

mentos que fueron enviados á mi señor padre á requerimiento de éste para su «Bosquejo Histórico de La Rioja», y que obran en su archivo, que conservo.

El sitio de La Rioja, 1862, y la batalla de Vargas, 1867, son los episodios más sobresalientes en la historia de la guerra civil en esta provincia, que la tuvo por desgracia «*fuerte y fiera*»—como se dice—descollando de las primeras argentinas en los tristes anales de la anarquía; recuérdese que es la patria ó guarida de los que se llamaron: *Quiroga*, *El Chacho*, *Puebla, Ontiveros, Varela*, *Carlos Angel*, *Berna Carrizo*, *Chumbita*, *El Mashorca*, *Guayama, Zalazar*, *Elizondo*, y otros tantos!

La historia argentina no está hecha, se está haciendo, y á medida que se publican lentamente nuestros archivos públicos y algunos privados—á proporcionar siquiera datos

para la verdadera historia patria, tienden estas líneas y otras que en lo sucesivo publicaré sobre la batalla de Vargas y de más hechos sobresalientes pasados en esta provincia, y que estoy publicando ya tambien en la Revista del doctor Estanislao S. Zeballos, de «Derecho, Historia y Letras», tocante á los últimos 8 años de la dictadura de Rosas.

Aprovecho además en mis exposiciones los informes que de esas contingencias me dan á mi pedido testigos oculares, evitando así que pasen al olvido por la muerte de éstos los verdaderos acontecimientos de la historia. Como en los juzgados se conocen de los hechos judiciales por las sumarias informaciones, así tambièn deben conocerse los hechos históricos por las sinceras exposiciones efectuadas con toda habilidad, de testigos *que no les comprendan las generales de la ley, respecto á las partes protago-*

nista de los sucesos, ni que tengan interes directo en el asunto históri-co. En tal carácter los testigos valen mucho como prueba histórica, tienen tantas veces más importancia que el mismo documento, dado que el documento cuando se lo escribe al tiempo mismo del suceso, lo afecta la pasión *militante*, y otras veces la mala fé, siendo hechos precisamente muchas veces para «*hacer pasar gatos por liebres*», dándolo á la imprenta para el público de entonces y del venidero. Naturalmente que es necesario combinar la prueba de testigos con la prueba escrita, y sacar de allí, el fallo, la conclusión, con arreglo á los principios *de la sana crítica*, una vez *examinada*, *discutida ampliamente*, esa prueba, en su detalle y en su conjunto; la magistradura de Fiscal de los Tribunales que desempeño, al par que mis lecturas de sociología y de filosofía *positiva*, me han familiarizado con

las *indagatorias*, y con los detalles y la observación de los *hechos*, haciendo á un lado las congesturas y las *declamaciones* de las viejas historias. Para los que no están aún acostumbrados á este método, á fin de dar autoridad a mi *forma* de exposición, y para que no se me critique *prima facie*, van estas citas de historiadores sociólogos: José María Ramos Mejía, y el prologista de Vicente G. Quesada en su valiosa obra de esa índole sociológica «Memorias de un Viejo»:

«El testimonío más digno de fé, sobre todo para algunos hechos de cierta índole, decía Taine, debe ser siempre el del testigo ocular, particularmente cuando este testigo es una persona honorable de ciertas reflecciones é inteligencia y en quien «le désir d' édifier» no es un motivo que pueda conducir un hombre sincero ó instruído á no contar los hechos exactamente como han pasado,

«más aún si este hombre no tiene otro objeto que conversar ó hacer una reseña cuyo fin no conoce; cuando su obra no es una pieza de polémica concertada para las necesidades de una causa que suela interesarle personalmente ó un fragmento de elocuencia preparado con un propósito público, sinó una deposición judicial ó una conversación íntima y afectuosa, en la que los datos sinceros se entregan á la discreta curiosidad del interlocutor naturalmente, y casi con placer» Tal cual pasa con las relaciones secretas, la carta confidencial ó el momento personal, escritos sin más propósito que depositar impresiones y nunca con un fin histórico ó de polémica». (1) Tal cual han sido mis conversaciones con mi señora madre, con doña Manuelita Luna,

(1) Ramos Mejía: «Rosas y su tiempo», T. 1º pág. XLVIII, introducción.

con el doctor Florentino de la Colina, con el doctor Salvador de la Colina, así, sin haberles indicado el motivo de mis interrogatorios; y si bien es cierto que en este escrito aparecen cartas dirigidas con interés histórico, se trata de personas que por sus rangos y fama merecen fé «y tienen para el conocimiento de una personalidad moral, el inmenso valor de aquellos en que el sujeto histórico no se siente observado, que están escritos en la intimidad por el individuo despojado de la máscara del comediante, ya sea como padre herido en su desgracia, hermano, amigo ó hijo dolorido por la ingratitud de los suyos, del hombre, en fin, que ya no tiene un propósito público, como sucedía *con el Chacho* (1) despues de su muerte (2)».

---

(1) Ramos Mejía, dice Rosas.

(2) Ramos Mejía, dice Destierro. Obr. citada pág. XL1X.

«La historia generalmente narra los acontecimientos públicos,—expresa el prologista aludido — sean políticos o militares, y recièn ahora comienza a preocuparse en estudiar la sociabilidad a su turno, tratando de reconstruir en la viejas crónicas y en los que nos queda de entonces la vida de los pueblos en tiempos ya pasados. Cuando aún puede utilizarse para ello la tradición oral, y pueden controlarse los recuerdos, es felicidad grande, porque entonces puede llegarse a apreciar con justicia en qué medio actuaron los hombres y se desenvolvieron los acontecimientos que han merecido pasar a la posteridad. A la manera antigua, hombres y cosas parecían fantoches, actuando sobre un escenario indefinido, y si bien se les veía moverse y proceder con lógica, quedábase el espectador en ayunas respecto del porqué de sus hechos o de sus ideas, ya que ignorando el

fondo verdadero sobre el cual se destacan, era imposible conocer los móviles que los guiaron (1)».
Tampoco hay Historia de La Rioja en que fundarse; la obra de mi señor padre «Bosquejo Histórico de La Rioja», es lo primero y lo único que se ha escrito al respecto aquí, y en élla me baso también; pero hecha con propósito sintético no pudo detenerse mayormente en los pormenores de los acontecimientos. (2).

Va á continuación y textual la carta que á mi pedido me dirije don Fermín A. de la Colina, que tiene mucha importancia, sin duda, no solo por haber sido el autor testigo

(1) A. G. Prólogo a la obra de Vicente G. Quesada (Victor Gálvez) «Memorias de un Viejo» T. I pág. XII.

(2) El doctor Salvador de la Colina en sus «Crónicas Riojanas y Catamarqueñas», pág. 6, y siguientes, edic. 1913, ha escrito algo igual mente sobre el sitio.

presencial, sinò por cuanto sus juicios suelen ser ecuánimes, dado su temperamento poco apasionado (no obstante la fama de «*testarudos*» que tienen los de la Colina en La Rioja, pero, como en todo, siempre hay excepciones), (1) tanto màs cuanto que la pasión que suele tener mi tío Fermín, se refiere solo á política militante—mal que suele ser casi general y muy explicable en este medio pequeño y sin industrias, de aldea y pobre—y pues los sucesos de 1862 están muy lejos para poder escribirlos ya «con sangre fría».

II

Dice así la carta: «Mi querido César: Era el 2 del mes de Junio de 1862, que á eso de las 5 de la mañana fué despertada con sorpresa la población de esta ciudad por un nutrido fuego de fusilería, generalizán-

(1) Los doctores Salvador, Florentino y don Fermín de la Colina, son sin duda, las flores de la planta de la Colina en La Rioja).

dose en seguida por todas las bocas calles. El Gral. Arredondo (entonces Comandante), ocupaba esta plaza, desde pocos días antes, su fuerza eran cien infantes de línea, pero la invasión que estoy narrando lo tomó solo con cuarenta, pues había desprendido sesenta á Catamarca, al mando del mayor Julio Campos y un capitán Méndez, al objeto de apoyar una tendencia política de dos que se disputaban á la sazón el gobierno de esa provincia. Al Chacho, cuyas montoneras vino á perseguir Arredondo, se lo creía en Los Llanos y muy distante de esta ciudad, no se temía su invasión, tanto menos cuando hacía muy poco le habían dado una batida las fuerzas nacionales tambien por el lado de San Juan, deshaciéndole la fuerza que tenía; pero Arredondo no sabía, no contaba hasta entonces, con los recursos mañosos de Peñaloza, quien siempre que se proponía

librar algún combate ó dar un asalto, prevenía su fuerza de que en caso de un fracaso, el punto de reunión, les decía, es el paraje ó lugar tal. Así era, que derrotado el Chacho en cualesquiera parte no tenía sinó ir al punto que de antemano les había fijado para encontrar el mismo número, *más* ò menos, que se le había deshecho. Sus proclamas eran así: «vaya muchachos (muchachos les llamaba siempre á sus soldados) acorten los estribos, y aprieten la sincha, vamos á peliar hasta que nos dé la sangre á la *centura* y si Dios no quiere que la saquemos bien á juntarnos en tal parte». Pero volvamos á la invasión á esta ciudad: pronto se dió cuenta el pueblo que se trataba de una invasión de la montonera del Chacho. Mientras la fuerza de Arredondo lo tiroteaba, los ciudadanos, incluso el que habla, acudían más á la generala que hacía tocar el go-

bierno, consiguiéndose engrosar la fuerza de Arredondo que, como se dice antes, estaba débil por haber sido fraccionada á Catamarca. Los que respondieron á la llamada fué solo la clase distinguida, lo que es la chusma, los que no se plegaron á la montonera se ocultaron. Así que aclaró el día se pudo uno dar cuenta de la gravedad de la situación en que en un momento se encontró tanto la fuerza de línea como la sociedad de esta ciudad, pues eran cinco mil bárbaros de guardamonte y de chusa que dando alaridos atronadores atacaban por las calles, sobre los techos de las casas, desde los árboles, en fin, que nos hacían fuego—(en esa época, por la poca edificación había hasta cerca de la plaza mucha arboleda de naranjos hermosos, de sobre estos árboles y parapetados de los mismos nos hacían fuego). Nos valió mucho á los sitiados la superioridad de

nuestras armas; teníamos nosotros ya el fulminante, Arredondo había traído y por primera vez se conoció eso aquí, mientras que los invasores solo tenían la lanza, el sable, y una cosa de ciento cincuenta de infantería, del vetusto fusil de chispa.

«Serían las once del mismo día dos de Junio que rechazamos el ataque desalojándolos de las calles á los invasores, no asì de los suburbios de la ciudad, pués, eran tan superiores en número que se temía nos envuelvan en sus caballerías y nos acaben. Nosotros desde el primer momento, mientras unos contenían el ataque, otros, los menos aptos para la guerra, hasta ocupando algunas mujeres, nos habíamos construìdo unas deficientes trincheras, que consistían en palos atados de un lado y otro de la calle y en el centro colocábamos barricas llenadas con la abundante arena que las calles contenían.

«Se carecía por supuesto de mejor material y sin embargo esas débiles fortificaciones nos sirvieron maravillosamente, pues, hubo cantones que los gauchos en sus empujes llegaron hasta hachar con sus sables las amarraduras de los palos de las trincheras, dando feroces golpes en esos palos los encuentros de sus caballos. Los cantones que se atacaban así con estas cargas feroces de los gauchos, nosotros los socorríamos de los otros cantones que se hallaban menos atacados. Entendido que desde el primer día, así que la montonera se persuadió que no tomarìa la plaza en ese primer empuje, estableció un riguroso sitio con el cual y su inmenso número no más dejaba entrar habitante alguno, hasta el agua, á ésta la declinaron al campo desviándola por el río, denominado «Río Seco». Así supimos combatir nueve días y sus noches consecutivas con esta particu-

laridad: la fuerza sitiadora constaba de dos cuerpos, uno atacaba las trincheras y el otro munido de hachas destrozaba las puertas de las casas, las cuales una vez saqueadas de cuanto útil contenían, destruían lo que no les interesaba, hasta los muebles y adornos de las salas de recibos destruían estos salvajes.

«Confundidas las detonaciones del combate con el golpe de las hachas que destruían las puertas de los edificios, era un laberinto aterrador que parecían haberse desencadenado todos los demonios juntos. Las familias distinguidas de la sociedad que desde el primer momento de la invasión abandonaron sus hogares y llenaron las iglesias en busca de garantía, porque la consigna del gauchaje, era á más del degüello y el saqueo, disponer del honor de las damas y niñas de la sociedad culta, estas familias, quería decir, lloraban desesperadamente en las

iglesias ante la perspectiva de que los invasores pudieran vencer y apoderarse de la ciudad. Tengo presente que no solo cuando volvieron el alma al cuerpo, como se dice, sinó es que, hasta mucho tiempo después, cuando veían pasar por sus casas á algunos de los que defendimos el pueblo, salían á la calle tirándonos flores, ó haciendo actos de gratitud, tal fué la exposición inminente en que se llegaron á ver, á la par de sus esposos ancianos é hijos que debían ser degollados y las mujeres deshonradas.

«Por lo demás, este sitio, así llevado terminó por abandonar el combate los sitiadores persuadidos de no poder tomar la ciudad, amén de que ya asomaba Campos de Catamarca con la fuerza que Arredondo había desprendido de aquí No abandonaron tampoco el punto sin tirotearlo á Campos á seis leguas de aquí, robándole todo su convoy

y mulas que montaba su gente, dejándole en el desierto todo á pié, pues, Campos como sintió que le salía al encuentro esta gente desmontó su fuerza, formó cuadro y se preparaba á la defensa, mâs la montonera no hizo sinó un simulacro de combate con un corto tiroteo, mientras el resto de su gente atinaba á robarse las cabalgaduras ensilladas y cuanta cosa pudo arrevatar. No tenía ya la idea de triunfar, desmoralizada como había quedado por los esfuerzos estériles que hizo por tomar la ciudad se desbandó ante el refuerzo que obtuvo la fuerza sitiada. Sensible que no se los haya podido perseguir hasta tomarlos, ó deshacerlos totalmente, pues, como durante el sitio, y puesto que dominaban todo lo exterior de la ciudad, resultó que habían barrido con las haciendas, no quedando en que montar una comisión, ni como alimentar por lo pronto, al menos, la fuerza

para organizar una persecuciòn eficaz, amén del mal estado de salud en que habíamos quedado; recuérdese que eran nueve los dìas y sus noches las que habíamos combatido sin descanso alguno y sin otra alimentación que esta: era la estación en que se toma la naranja aquí, en ese tiempo debido á la poca edificación había mucha arboleda de hermosos naranjales hasta la plaza misma y había mucha naranja á la sazón. Esta era toda nuestra alimentación, lo cual al mismo tiempo moderaba la falta del agua, puesto que como se expresa antes, á la par que los sitiadores no nos dejaban entrar recurso alguno de alimentación, al arroyo de agua que surte esta Ciudad lo desviaron de élla. «Las familias que habían abandonado sus hogares y llenado las iglesias que habitaban bajo el amparo de los defensores de la plaza para salvar del gaucho el honor, sufrían parale-

las el hambre con los combatientes. En fin, aquello fué una situación de dificultad tal muy difícil de reconstruir sus innumerables escenas, tanto que yo mismo hoy no me sé dar cuenta como llegamos á resistir esfuerzos tales que pasaban de lo humano. Arredondo como á eso de cuatro días de la invasión, en un ataque de demasiado arrojo que nos hizo llevar á la montonera fuera de trinchera, fué herido en el brazo por una bala; desangró mucho, perdiendo el conocimiento mucho rato, al volver nos dijo: «No es mucha cosa compañeros, son percances de la guerra, hagan fuego en retirada hasta la plaza». Nunca me pude olvidar estas frases por la situación en que las dijo; Arredondo era débil, de poca consistencia, aunque muy valiente y sereno en el peligro, pues, se postró mucho por lo que tomó el mando de la fuerza su ayudante, un Sr. Morillo y como segundo el teniente

entónces, después General Don Liborio Bernal. A Morillo no lo he visto más figurar en el ejército, sin duda cortaría la carrera á pesar de sus buenos dotes para ésta, pues, se portò con habilidad al seguir diri. jiendo esa guerra, recordando también de éste algunos episodios de brabura, como este por ejemplo: Parece que el Chacho, después de varias embestidas para tomar la Ciudad se volvió á Los Llanos sospechando amenazas por el lado de San Juan, dejando el mando superior de la fuerza á un caudillo llamado Juan Gregorio Puebla. Este hace entrar, con un muchacho, al parecer de ocho años, un papel que decía así: «Al Gefe de las Fuerzas de la Plaza: Si entro de media hora no se rinde con la fuerza á sus órdenes, entraré á viva fuerza y pasaré á degüello á todo habitante que encuentre en esa plaza. —*Juan Gregorio Pueblas*».— Morillo con la misma criatura, con-

testó así: «Al saltiador Juan Gregorio Pueblas:—La horca está levantada en esta plaza para Vd. y para toda la turba de asesinos que tiene Vd. á sus órdenes, en esta virtud, puede Vd. atacar que será bien recibido.—*Manuel Morillo*».—(1) He te-

---

(1) Mi madre Mercedes Vallejo de Reyes me refiere de memoria ambas esquelas en la misma exacta forma que lo expresa don Fermín de la Colina; élla era niña cuando el sitio. Hablando en Córdoba con Clementina Alvarez de Leiva, riojana pero residente en Córdoba desde hace como 40 años sin haber vuelto á La Rioja desde su salida, sobre este asunto del sitio del 62, me expresaba con las mismas exactísimas palabras lo de las esquelas cambiadas entre Pueblas y Morillo, también por el recuerdo que conservaba de entonces. Mi padre, el Comandante Marcelino Reyes, en su «Bosquejo Histórico de La Rioja», citando á Zinny en su obra «Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas» se expresa en parecidos términos, pág 187. Yo he compulsado á Zinny, y efectivamente en el tomo III de la obra citada, pág. 427, se expresa así como lo cita mi padre. Sin embargo de que don Antonio

nido en mis manos ambos papeles y textualmentente es lo copiado. Efectivamente los bàrbaros se habían apercibido de la caída de Arredondo, que los alentó mucho (1), y tra-

---

Zinny anduvo en La Rioja en tiempos ya pasados cuando estaba todavía fresco el recuerdo de aquellos hechos, recogiendo datos, como me lo manifiestan el doctor Félix Luna y don Jacinto Rincón, creo que lo expresado por don Fermín de la Colina, por haber tenido en sus manos los papeles y por la coincidencia con lo expresado por mi señora madre y Clementina Alvarez de Leiva que también estuvo en la plaza cuando el sitio—y que no pudieron ponerse de acuerdo para decir lo mismo—es lo fiel, lo auténtico, LAS PROPIAS PALABRAS de los papeles cambiados. Por lo demàs la diferencia entre lo expresado por Zinny y mi madre, y lo dicho por los testigos que cito es solo de palabras, el contenido es el mismo, siendo más enérgico lo que expresan los testigos por el vocabulario lacónico empleado.

(1) Arredondo herido fué conducido á la casa de Don Nicolás Barros (después Coronel de la Nación) donde fué atendido. Relación ésta que obtengo verbal de Don Fermín de la Colina y

jeron una carga tan brava y tenaz como no habían atacado ningún día antes; eran las dos de la tarde cuando se rompió el fuego y á las seis y media con dianas anunciamos que habíamos rechazado el ataque, que lo trajeron por todas las calles, por

---

del Dr. Salvador de la Colina, quien anda aquí en estos días (junio). La casa existe lo mismo que entónces, está en la esquina N. O. de la plaza 25 de Mayo. El Dr. Salvador de la Colina estuvo en la plaza cuando el sitio siendo niño. Me refiere doña Manuelita Luna, octogenaria, que Arredondo pidió despues á su hermano don Natal Luna lo llevara á la casa de éllos, sita á media cuadra de la de Barros, por ofrecer allí mayores garantías su vida, dado que queda á mitad de cuadra y frente á la plaza; la casa se conserva tal cual era entonces, Arredondo fuè llevado allí, y ocupó la pieza que queda á la entrada del zaguán, á mano derecha, donde hoy está la Municipalidad. Lo curó un médico de apellido Corvalán, cordobés, que con su división trajo Arredondo á La Rioja. Esta narración de doña Manuelita está de acuerdo con lo que me expresan otros testigos de esa época.

los techos de los edificios, trepados á los naranjos y de cualquier otro modo, ó punto estratéjico que se les presentaba. De este ataque salió también herido Morillo en una pierna, asumiendo el mando el Teniente Bernal y eran ya nueve días de duro combatir, en cuyo estado fué que se nos incorporó la protección de Campos, lo que los desengañó á los sitiadores de tomar el pueblo, como lo digo antes. En la retirada de èstos, que fué por supuesto á Los Llanos de donde trajeron la invasión, habían sabido ir dejando en el campo los heridos que fallecían, otros muy enfermos, imposibilitados de seguir la marcha, los dejaban en algún rancho, ó allegados en alguna aguada de modo que hasta bastante tiempo después se han encontrado cadáveres y hasta muchos años á esta parte, todavía se han llegado á ver restos humanos.

«En los días del Centenario, ha-

llándome en un Sanatorio, recién operado en Buenos Aires, con suma decepción leí en «La Nación» una carta que, como documento histórico se publicaba; el Gral. Rivas escribía desde Catuna (Los Llanos) al Presidente Mitre, donde hablándole de este sitio que ocurría en La Rioja, atribuía toda la victoria de la jornada al valor de Arredondo y su fuerza de línea sin mención alguna de los ciudadanos riojanos, á quienes por lo menos por mitad con la fuerza de línea correspondía esa victoria. Ningún escosor me había causado tal información, à pesar de la injusticia que envolvía para esta sociedad, sinó fuera que dicha carta añadía de que en La Rioja no había habitantes que tuvieran nociones siquiera de instituciones y de la causa de la libertad que esas fuerzas nacionales nos traían aquí por primera vez. Para dicho Sr. Rivas según esa carta no había más que el

Chacho de importancia, aconsejánpole en tal virtud al Presidente Mitre que acerque al Chacho, lo reconozca en su grado de General de hecho, como se titulaba, para tener quieta esta Provincia etc. etc. Más ó menos entiendo que así era la carta, pues yo me hallaba enfermo, como digo, y quizás tengo alguna discrepancia del caso, pero que lo fundamental fué así, estoy seguro de ello (1). En aquella época toda vez

(1) Hablando en estos días Don Fermín A. de Colina, el doctor Salvador de la Colina y el que suscribe sobre esto, recordò el doctor Salvador de la Colina que así era la carta del general Rivas a Mitre publicada en «La Nación» del rchivo de éste; y que en «La Nación» no quisieron admitar una rectificación que del caso hizo don Fermín de la Colína, entregándole el artículo al doctor Salvador de la Colina para que lo diera al diario. Escrúpulos sin duda mal fundados, de los herederos del ilustre general Mitre, por no contrariar tal vez el archivo de Mitre, ó por atacar el nombramiento poco acertado que hizo el mismo Presidente Mitre

que ocurría el caso de movilizar la guardia nacional se formaba un cuerpo de la clase distinguida de la sociedad y se llamaban los *nacionales*, diferenciándose de la plebe, ó segunda clase que se le llamaba *tropa*. Al toque de generala á la aparición de la montonera en el suceso que vengo narrando acudía todo lo que fué distinguido de este pueblo, movilizándose un número de setenta á ochenta hombres, los cuales matiza-

---

á raiz de esa carta de Rivas, de general de la Nación a Peñaloza, por que puso el gobernador de La Rioja, entonces, Francisco Solano Gómez, todo el material de guerra y fuerzas en poder de Peñaloza para que este aprovechando se sublevara (Bosquejo Histórico de La Rioja, pág. 194) nuevamente contra la nación.

No se como Rivas no conocía al Chacho, ni menos el general Mitre, por más que en su archivo de este—año 1862—se ve una carta del obispo del Paraná monseñor Gabriel donde aconsejaba á Mitre hiciera general al Chacho por el provecho que sacaría de él la Nación.

dos con cuarenta infantes de línea que era la fuerza de Arredondo, hicieron la campaña. De otro modo nunca Arredondo habría podido dominarlos por el ínfimo número de la fuerza con relación à los invasores, que fueron primeramente una cosa de novecientos á mil, no quinientos como decía la carta de Rivas y que por fin se llegaron á aumentar á un número que se pudo calcular próximamente á *cinco mil* porque diariamente les llegaban refuerzos de los mismos Llanos, donde fué la guarida del Chacho y de cuanto bandolero se levantó, comiéndose muchos hombres de bien y desolando las poblaciones (1).

---

(1) Mi tio Fermin está trascordado en cuanto al número que fija de 5.000 sitiadores, lo que se explica por el tiempo que hace; él mismo en carta escrita á mi padre en 1896 para datos al «Bosquejo Histórico», que obra en mi archivo, fija el máximo de las fuerzas que se agregaron por todo á los sitiadores como de

«Se vé pues de esta breve reseña que La Rioja, aunque olvidada y pobre, en contrario de la clasificación que hacía de ella el señor Rivas, en aquella época misma ya tenía hombres, no solo con nociones de instituciones libres y de órden, sinó que ya se soñaba en esa libertad, lo prueba el hecho de que á penas pudieron agregarse en una pequeña fuerza de las armas libertadoras que vinieron de Buenos Aires expontáneamente se apresura

---

tres mil; número que todavia nos parece excesivo porque el parte oficial del gobernador entonces Domingo A. Villafañe al general Paunero (véase A. Diaz «Historia Política y Militar de las Bepúblicas del Plata, tomo VIII); A. Zinny—ob. citada, pág. 427—, y Damaso A. Mendoza—(carta á mi padre en mi archivo)—fijan de 600 á 700 el número de los montoneros sitiadores y no mencionan más fuerzas agregadas—véase «Bosquejo Histórico» pág. 186. Por otra parte no es creible que con 130 hombres poco más ó menos, se iba á rechazar un ataque de sorpresa de 5.000 ó 3.000—aunque sean—gauchos

ron á adherirse á la defensa de la causa de principios que entendiesen simbolizaban esas armas. Por lo demás, es muy explicable que el señor

---

á caballo y armados. Lo que pasó seguramente, es que en un principio antes de comenzar el ataque y conocer de VISU las fuerzas sitiadoras, y tambien por la impresión del terror del primer momento, se creyó que eran 2.000 ó 3.000, ó 5.000, los sitiadores, y este primer juicio perduró en algunos testigos. Confirma esta inducción, lo que me expresa doña Manuelita Luna de que élla oyò á Arredondo cuando le decía á su hermano Natal, aquién fué á buscarlo á su casa, de que tenía conocimiento que los «colorados nos van á atacar, están ya acampados en Pango, y dicen que son como 2.000». Además el Dr. Salvador de la Colina, expresa: «La montonera se componía de 500 hombres, según el Coronel Rivas (al estar de su carta á Mitre de fecha 15 de junio de 1862, días despues del sitio. C. R.) Pero las versiones de aquel tiempo, que he oido despues, confirmadas muchas veces por testigos oculares, daban números mucho mayores; algunos llegaban hasta 5.000». («Crónicas Riojanas y Catamarqueñas» pág. 8). Tampoco la fuerza de línea sitiada fueron 40, sinó 60.

Rivas escriba así; el no pisó por aquí, solo transitó por Los Llanos, la guarida del Chacho, y el foco de la barbarie que este encabezaba.

«Es verdad que dominó, que aplastó la clase decente de la provincia este caudillo, tanto que ni sus propios sirvientes le pertenecían á uno toda vez que se tratara de algo contra el Chacho; así fué que cuando el Gral. Arredondo arríbó aquí con la fuerza libertadora que trajo, solo la clase distinguida de sus habitantes se llegó, lo que es la plebe se echó al monte, como vulgarmente se dice, y no tardó en entregarse á la invasión del sitio que dejo narrado, mientras los ciudadanos de la buena clase apoyaban á la fuerza nacional. (1)

(1) Concordante con lo expresado aquí por don Fermín de la Colina, me manifiesta doña Manuelita Luna, que cuando el sitio un sirviente que tenia su hermano don Natal, criado en la casa, se pasó á plegarse a la montonera.

«Rosas dominó igual en Buenos Aires (1), como dominaron otros caudillos en las demás provincias, no obstante éstos no se envilecieron definitivamente. La Rioja, pobre y aplastada por los Quiroga y los Chacho, nunca dejó de tener hombres refractarios al caudillismo que morían por la patria y las instituciones . . . » (2)

I I I

Comenzaremos el análisis de esta importante narracíón empezando por lo último. No sé cómo puede expresarse de los riojanos así Rivas cuando ya debió llegar á sus noticias lo que pocos años antes escribía el ilustre Gral. La Madrid después

(1) ¿Igual?—cien veces peor—Nota del autor de este articulo.

(2) Carta citada de don Fermín de la Colina al que suscribe, en mi archivo--Mayo de 1915. Sigue la carta narrando varios episodios del Chacho para probar su caracter salvaje.

de su paso y gobierno por La Rioja: «Yo me resistí fuertemente á aceptar dicho nombramiento, *no porque despreciara á los riojanos, pues los quise y quiero aún*, TALVEZ CON PREFERENCIA, *por la honradez y decisión con que se prestaron á trabajar por la buena causa»* (*Gregorio Araoz de La Madrid, «Observaciones sobre las memorias póstumas del brigadier general Don José M. Paz,»* edic. 1855, pag. 333),—cuando su campaña memorable con Lavalle *contra* Rosas *de Buenos Aires.* «Ni fué tampoco porque me asistiera el menor recelo de que Brizuela faltara á su promesa *con todos sus bravos riojanos*» (pág. 381, obra cit.); Brizuela como quiera que fué, entónces estaba al frente de la «Coalición del Norte» en guerra contra la tirania de Rosas, y Brizuela era riojano. «Fué esto lo bastante para que casi todo el campamento de *los bravos riojanos y llanistos. . .»* (obr. cit. pág.382).

El Doctor José María Ramos Mejía en su importante obra «Rosas y su tiempo», fundándose en fuentes importantes y al alabar la heroica acción de la «*Coalición del Norte*» contra la tiranía de Rosas—de tantas campañas gloriosas en diez años consecutivos—dice que el «*Escuadrón Brizuela*» estaba formado de jóvenes de las principales familias de la Rioja, y agrega: «La Rioja estaba en armas; sus llanistas encabezados por el coronel Peñaloza (1) y otros caudillos aguerridos lanzaban gritos de guerra; con el desgraciado general Brizuela al frente, el pueblo todo, «*sin exceptuar las mismas mujeres*, colaboraban á su manera» (pág. 298, tomo III) «Y La Rioja «donde predominaba el sentimiento antifederal» (pág. 302, cita de Saldías, «Historia de la Confederación Argentina») antirosista. Hablando de Brizuela dice: «Como muchos otros provincianos prestigiosos, fué rosista hasta 1839,

en que los hombres influyentes é ilustrados del Norte acabaron de convencerse que en todo pensaba Rosas, menos en organizar la nación tras la cual, todos iban siguiendo el viejo instinto popular; obedeciendo pues á esta fuerza entró en la Coalición del Norte *con los principales elementos de La Rioja*, poniéndose al frente de élla por decisión de todos y dados los prestigios generales de que gozaba» (pág. 303). »Buscando llamar la atenciòn de Aldao hacia Cuyo, ordenó al coronel Acha que con la vanguardia á sus òrdenes, compuesta de la *legión Brizuela, el Batallón Libertad y el Escuadrón Paz, los tres formados de jóvenes de las mejores familias de La Rioja* y Córdoba» (pág. 310)—entónces tuvo lugar con esas fuerzas riojanas, contra de los federales de Aldao y Venavidez la noble acción y triunfo de Acha, en Angaco, considerado en justicia como la más he-

róica acción de guerra civil argentina por la gran desigualdad de fuerzas que se cruzaron cuando «los viejos veteranos de la campaña del Desierto y del Brasil, murmuraban iracundos y los bigotes grises se alzaban con un gesto de desprecio ante la audacia ingenua de aquellos niños imberbes cuyos labios estaban todavía húmedos de la leche tranquilamente chupada *dans l' exil du manoir hereditaire*, como decía Musset» (pàg 312).

Debía recordar el señor Rivas, que cuando la independencia se organizó un contingente de fuerzas riojanas aquí en la Provincia, al mando de un riojano, don Nicolás Dávila, quién penetró por esta parte de La Rioja la cordillera con esas fuerzas como 2° Gefe cayendo en Copiapó donde se incorporó al ejército de San Martín, despues de batirse con los españoles y vencerlos, para preparar cañones de esa división se fundieron

las campanas de las iglesias de Famatina «Bosquejo Histórico» pág. 38 a 42. Debía recordar que Ortíz Ocampo, el patricio argentino, primer general graduado argentino, y Gefe del primer cuerpo de ejercito libertador en campaña, fué riojano, así como el cura Castro Barros del Congreso de Tucumán etc. Concretándonos al sitio del 62 y al rol de los ciudadanos riojanos, dice el Comandante Reyes: «La ciudad sitiada estaba guarnecida por 60 infantes del 6 de línea, incluyendo la banda de música (carta del señor general Arredondo al autor, en nuestro archivo), 20 lanceros y tiradores de milicias cordobesas (parte oficial del Gobernador Villafañe citado; el señor Dámazo A. Mendoza fija en 15 el número de Guardias Nacionales cordobesas); la escolta del inspector de milicias, compuesta de 20 guardias nacionales de Chilecito (carta de don Dámaso A. Mendoza en nues-

tro archivo), y 30 guardias nacionales de la Capital (parte oficial del Gob. Villafañe cit.) Con todo, 130 á 160 de tropa y 3 oficiales del batallón 6º (el ayudante don Manuel Morillo, teniente segundo don Liborio Bernal y subteniente de la banda de música don N. Ceballos), al mando en jefe del bravo teniente coronel don José M. Arredondo» (obr. cit. pág. 186); y añade en una nota: «El señor Mendoza fija en 44 el número de Guardias Nacionales de la Capital, y el señor de la Colina en 60. *Entre los ciudadados que tomaron un fusil para defender sus hogares, se encontraban los siguientes, que cumplimos con el deber de mencionarlos:* «Manuel Vicente Bustos, Fermín A. de la Colina, Natal Luna, Pedro A. Bazán, Dámaso A. Mendoza, Jacinto Rincón, Carmelo Valdés (1), Justo S. Ascoeta, Francisco Agüe-

(1) Dice el libro Consuelo Valdés; es un error

ro, Martín Silva, Gregorio Vera, Ramón del Moral, Baltazar Torres, Luis Brandán, Cirilo Montaña, José David Gómez, Miguel G. Torres, Tomás María Santa Ana, Estanislao Herrera, Romualdo Melendez, Daniel Ozán, Aurelio Carreño, Angel M. Colina», pág. 186. De modo pues que los riojanos actuaron también. Como se verá por la carta que publico á continuación del testigo ocular Dámaso A. Mendoza, quién peleó, que obra en el archivo de mi padre, y de la cual solo trae algunas referencias en el Bosquejo, la acciòn del Comandante improvisado Manuel Vicente Bustos, y la del Coronel don Tristán B. Dávila fueron heroicas, principalmente la del primero, hombre de un valor

---

tipográfico, mi padre dejó esta obra póstuma a la publicó mi hermano Marcelino, pero encomendó la corrección de las pruebas á una persona en Buenos Aires que no conocía los hombres de La Rioja y así se han deslizado pequeñas faltas.

á toda prueba, *ambos riojanos*. Bustos dirijía, después de ser baleado Arredondo, el cuerpo de guardias nacionales y principalmente el cantón de en frente de la iglesia Matriz, en la esquina, su casa, sin perjuicio de atender en los cuatro puntos de la plaza, ò en el lugar más comprometido por los asaltantes. Me cuenta el Dr. Salvador de la Colina, quién como niño se encontraba con las familias en la iglesia Matriz, que apenas cesaba un poco el fuego, Bustos muy sereno, á la par era valiente y cariñoso con su familia, acudía á la iglesia á ver su esposa è hijos y los tranquilizaba diciéndoles que no había nada—y en verdad era angustiosa la situación—y salía otra vez al combate calzándose su gran sombrero de paja que usaba; y esto siendo anciano. Me cuenta don Fermín de la Colina el siguiente episodio, que demuestra lo apurado de la situación por la aproximación de los

montoneros: desde el cuartel de Bustos en el lugar que dejo indicado, se habían levantado algunos atajos como para pelear detrás de allí á los montoneros que por los fondos de los sitios y esquinas se aparecían; haciendo la guardia don Fermín de la Colina con su fusil de fulminante, dice se apareció por la esquina Sud-Oeste á una cuadra de la plaza y como á 3/4 de donde él se encontraba un gaucho vestido de colorado, chiripado, que sacaba el cuerpo y se escondía, ponía los puntos con su fusil de chispa y se escondía otra vez viendo que del cantón le ponían también los puntos á él, y era á don Fermín, en eso el gaucho haciendo un acto de arrojo, se sale de la esquina y dá todo el blanco gritándole al que le ponía los puntos, don Fermín: «tira .... » un tal por cual, haciendo al mismo tiempo un disparo con su arma de chispa (que á donde habrà ido á parar la bala);

en eso también don Fermín le hace fuego, y con su arma más ventajosa dió en blanco y «vió caer—dice—al guazo de espaldas largando el arma y brazos abiertos». Desde entónces, me expresa, Bustos le tuvo mucha confianza como buen tirador, y siempre que se asomaba un montonero por sobre un tejado ó un naranjo lo sacaba á él, como de puntería para que le hiciera fuego, pero dice que ya no volvió á dar así tan visible en el blanco. Me expresa que se turnaban para hacer la guardia por la noche y como era invierno crudo, sufrían mucho; que él tenía su pieza junto con don Dámaso A. Mendoza; en una ocasión que le tocó la guardia á éste por la noche, por travesura, siendo jóvenes, le escondió los botines, y como no los podía hallar Mendoza y lo apuraban á la guardia tuvo que hacerla descalzo—ya se vé así, que ellos no estaban tan «julepiados» (como otros en la

iglesia, que los hubo en verdad y bajo este respecto no deja de tener *algún* viso de verdad lo que decía Rivas á Mitre) para entretenerse en esas niñerías.

Ahora, es necesario reconocer que no todos los riojanos *decentes* defendieron sus hogares entónces, y bajo este respecto es muy exacta la crítica que hace el Sr. Rivas. Comenzando por el Gobernador don Domingo Antonio Villafañe, éste se escondió en la iglesia Matriz detras de un santo; mientras estaba escondido, resultó que el poncho que tenía le estaba pareciendo por bajo del hábito del santo; su hija Restituta, que estaba allí como todas las mujeres de la ciudad que tuvieron tiempo de guarecerse, le dijo, textual: «tatita, póngase bien que le está pareciendo el poncho»;—el gobernador Villafañe que creía que su hija le avisaba que los montoneros lo buscaban, tal era lo inminente de la

caída de la plaza, le contestó, textual: «¿qué amí me buscan?», á lo que le replicó su hija, con tono marcado riojano, alargando las sílabas y tembloroso por el miedo, textual: «No tatita, q' se ponga bien, que le está pareciendo el poncho». (1) También el señor Aurelio Carreño, fué sacado detrás de un santo donde se encontraba cuando los primeros momentos del sitio en

---

(1) Relación de mi señora madre que se se encontró ahí cuando el sitio y lo oyó. El otro día encontrándome con el Dr. Salvador de la Colina, el señor Francisco Granillo y el señor Heraclio B. Ceballos, el señor Granillo hablando del sitio, contó el episodio ese del Gobernador Villafañe con las mismas palabras que expreso me lo había contado mi señora madre; don PANCHO Granillo era niño, «muchachón» cuando el sitio, tiene un cuñado Florentino Villafañe, que es hijo del gobernador Villafañe—además, un nieto de éste el Dr. Florentino Villafoñe, me refirió que ha oido decir que á su abuelo lo tuvieron escondido detrás de un santo, sin duda por relato de su señor padre, don Florentino.

la iglesia Matriz, por orden del Comandante accidental de las fuerzas sitiadas señor Manuel Vicente Bustos, y llevado al combate (1). Pero me refiere el Dr. Florentino de la Colina que luego se escabulló de los cantones, juntos con otras personas, que no se sabe donde se guarecieron. Y también el mismo señor Fermín de la Colina me refiere que la mayor parte de los combatientes se iban escabullendo de los cantones donde peleaban en el rigor del fuego y aprovechando esa oportunidad para dispararse; que de los que pelearon más, recuerda á don Pedro Bazán, y es creible porque este señor, ya extinto, goza aún de fama de bravo (malo y valiente). Me refiere don Fermín de la Colina, aunque no me quiere dar el nombre de la persona, que entre los que se en-

(1) «Bosquejo Histórico» pág. 168.

contraban en el cuartel de Bustos, estaba un señor, que lo había hecho sacar éste de la iglesia al combate pero que no quería pelear por nada; que «era un toro», son sus palabras textuales, «trataba desesperadamente de salirse por la ventana de la casa á la calle (hoy esa casa es el Hotel de Molgara) y Bustos se lo impedía, le daba una arma para que peleara pero la tiraba y encaraba siempre por salirse al templo, atropellando á Bustos, por lo que éste tuvo que darle golpes en la cabeza con un arma para obligarlo á quedarse» (1). Además, aunque mi pa-

(1) Narración que me hace en presencia del Dr. Salvador de la Colina; siendo don Fermín testigo ocular, dice, del hecho. Tratándose de asuntos históricos—sobre todo—es necesario decir la verdad. Respecto de los de mi familia—por lo Vallejo, que por lo Reyes son porteños, vino mi padre recién en 1867, después del sitio,—tengo conocimiento que á mi tío abuelo don Aurelio Vallejo lo tenían escondido mis

dre coloca entre las personas que tomaron un arma para defender sus hogares á don Angel M. de la Colina, éste no estuvo en los cantones y sí en la iglesia. No sé de donde habrá tomado el dato, mi señor padre; en la lista que le dá en carta—que vá á continuaciòn—don Dámaso A. Mendoza, testigo presencial, no figura don Angel M. de la Colina, y la lista que pone mi padre es la misma variando solo en este nombre. También el Doctor Salvador de la Colina, lo mismo que el Doctor Florentino de la Colina y don Fermín de la Colina (sobrinos los tres carnales de don Angel M. de la Colina), me refieren que no estuvo en los cantones éste y sí en la igle-

---

tías abuelas; los otros dos hombres que habían, Severo y Gamaliel (hermanos de mi madre) eran niños cuando el sitio. El Dr. Benigno Vallejo, residia en Tucumán. Mí abuelo don Severo Vallejo, murió años antes del sitio.

sia; ahora bién, como dije, los doctores Salvador y Florentino de la Colina se encontraron en la iglesia siendo niños, y don Fermín en los cantones. Por último mi señora madre me refiere, (ella se encontró en la iglesia, como dije) que siendo ya de barba canosa, que usaba larga, don Angel M. de la Colina se paseaba en el templo y con esa voz garbosa, ronca é imponente que tenía, los insultaba *desde el templo* á los montoneros, que por cierto no le oían, diciéndoles: «*hijos de* . . . una tal por cual; *yo los voy á hacer* . . . , » y agregaba: «yo soy un hombre de ilustre prosopopeya; yo soy un hombre honorable; yo soy.... así y «*asau*», ensalzándose siempre. Este hecho le conté al Dr. Salvador de la Colina y recordó era cierto, agregando: que «es claro, don Angel era ya un hombre tirando á viejo que iba á estar peleando; aunque don Vicente Bus-

tos era más viejo y lo hizo bravamente, pero éste era de otro temple, muy valiente».

Así pues, se vé que siendo cierto lo del arrojo de los riojanos sitiados, que dice don Fermín, también no deja de haber algo de verdad en lo que expresa Rivas, aunque éste exagera —como siempre hay valientes y tímidos; y si no tomaron parte más riojanos en la defensa fué porque como se recordará la montonera *cayó de sorpresa* poniendo sitio á la ciudad. (1)

---

(1) Digo esto sin estar afectado de «provincialismo» alguno, á fin de esclarecer la verdad y para combatir ese mismo provincialismo. Por que en las provincias del litoral, hay la creencia de que solo lo de allí, hombres y cosas, valen, que en el «interior»—nada sirve. Esto está más generalizado en el POSTEÑISMO; y sin embargo, las calles de Buenos Aires ya no caben de tanto empleómano y ATORRANTE—término este oriundo de la Capital Federal. Sin desconocer, por lo demàs, la intelectualidad porteña,

Lo que expresa mi tio Fermín de la falta de alimentación á los defensores de la plaza y à las familias es cierto, y aquello de que al último se

---

pero esos intelectuales viven metidos en sus gabinetes, no paseàndose todos los días por la calle Florida, donde los transeuntes se miran unos á otros ó á las vitrieras, luciendo á la par la cola real—como los pavos...

Unamuno dice que el vive contento en el pueblito de Salamanca, y casi nunca va á Madrid, prefiriendo la vida tranquila. ¿Se olvidan los que se creen superiores por vivir en Buenos Aires, los célebres versos de Fray Luis de León?:

«¡Que descansada vida
La del que huye del mundanal ruido
Y sigue la escondida senda
Por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!»

Mis ideas van más allá del provincialismo y del nacionalismo mismo, tienden al humanismo —y esto lo digo á pesar de la guerra europea actual, y del fracaso del Congreso pacifista de La Haya. Soy de los que piensan como Alberdi, «que la idea de la nacionalidad no se opone con la de un pueblo mundo», porque as

estaban alimentando casi con naranjas. Recordaban el otro día el Dr. Salvador de la Colina y el Dr. Florentino de la Colina que estando en

---

como han surgido los estados federales por la unión de provincias ú otros estados más reducidos, conservando no obstante estos sus autonomías, no se porqué, con el tiempo, no surja un solo Estado mundial confederado. ¿Y acaso las provincias argentinas han perdido con la fusión?—es claro que todas han ganado. Es el proceso de INTEGRACIÓN, empleando la terminología de Spencer, que se impone, para que haya EVOLUCIÓN; y no obstante las desintegraciones pasageras, tambien necesarias. Así yo miro á la actual guerra europea, como una desintegración pasagera, necesaria para que surja despues una major integración social, de más perfecto y duradero equilibrio. Se me objetará que no tengo motivo para ser OPTIMISTA; contesto, que es una verdad experimental y deductiva que las fuerzas tienden al equilibrio. Tampoco pienso que nos encontramos en el caso de los cliptodontes, mastodontes y megaterios de nuestras pampas, desaparecidos ya por haberse desintegrado sus vidas que llegaron al máximun de integración—como lo ex-

la iglesia, los habían mandado, como niños, á juntar naranjas para alimentarse, y que estando arriba de los naranjos en una quinta los tomó

---

presa Ameghino, tocante á estas bestias. Al hombre le falta mucho que evolucionar, intelectual, física y moralmente; en verdad yo soy de los que creo en un SUPER-hombre del mañana, no con caracteres sobrenaturales, sin duda, sino con caracteres humanos muy EVOLUCIONADOS del estado actual. Y en esto sigo a Nietszche: porque así como el hombre se ha levantado de los simios, no se por què un SUPER-hombre no se levantará con el tiempo del hombre actual. A menos que las condiciones geológicas presentes del planeta, se modificaran por desintegración planetaria, sideral, que no diera tiempo á tal evolución humana, deapareciendo la vida con la desaparición de las condiciones de la vida; lo que puede acaecer.

Lo que hay es que mientras la idea de la humanidad y la necesidad de su organizaciòn no estén HECHO CARNE en todos los pueblos de la tierra—á lo menos de los civilizados—el el nacíonalismo se impone, porque mientras haya agresiones exteriores, los Estados deben estar preparados para defenderse, manteniendo

allí un tiroteo. Tenía mi abuela, Carlota Ortiz de Vallejo, una propiedad, que aún la conservamos, llamada «La Chacarita», sita en los extra-

---

vivo el sentimiento de la patria. Más esto no quiere decir que se llegue con éllo al CHAUVINISMO, al patrioterismo, que no trae, en definitiva, sino la ruina de las mismas naciones, y el retroceso de la humanidad.

Es en el sentido primero que indico, como yo soy nacionalista—Pero sin perder de vista la idea directriz central, de humanidad, aunque supeditada ésta, còmo digo, hoy, dadas las conviciones actuales, de la organización social, á la idea de la patria. Asi mismo soy PROVINCIANO, cuando defiendo la autonomia de una provincia Argentina. Sin pretender hacer superar esta idea á la nación tampoco, como ocurre en la provincia de Buenos Aires, incluso la que fué su Capital que siempre se ha creido de más valer que la Nación, y dicen que su actual gobernador Marcelino Ugarte, publicamente lo expresa que no necesita para nada de la Nación, teniendo bajo su mando una provincia más rica; igualmente soy provinciano, cuando defiendo mi provincia donde nací y estan los gratos recuerdos de mi infancia, los afectos de

muros de está Ciudad, hacia el Naciente, y allí un capataz de nombre Hilario con una majada de cabras á cuidar, Arredondo hizo venir en seguida las cabritas en los primeros momentos del sitio y sirvieron para alimentar los sitiadores (1).

Arredondo para atemorizar á los montoneros había hecho colocar una horca en un palo bien alto en la plaza, á la vista de los montoneros, cuyo campamento principal estaba en los extramuros de la ciudad ha-

---

familia, mis imejores ámigos, quizá, de los ataque INJUSTOS de los que se creen superiores por SOLO vivir en las grandes ciudades sin poner ni un ápice de su parte para serlo en verdad.

---

(1) Narración que me hace mi madre, los testigos Juan de la Cruz Lucero y Agustina Navarro; el primero criado de mi abuela, y la segunda criada en «La Chacarita». Mi tio Fermín dice comió de esa majada.

cia el Naciente en la chacra llamada «La Hermita» (1) hoy conocida con el nombre de Ugarte, porque la adquirió este ladrillero español (donde hizo un horno de cortar ladrillos cuyos restos existen todavía y linda con «La Chacarita» referida que fué de mi abuela; desde la plaza se podía ver, que entonces la edificación era escasa, el montón de hombres cuyas banderolas coloradas, colocadas en las lanzas se movían en «La Hermita». En esa horca hizo colocar, después de ser fusilado por la espalda, por orden de Arredondo, un menor llamado Dionicio, *entenado*, del capataz Hilario de «La Chacarita», para atemorizar á la montonera (2). Este fué un doble error de Arre-

---

(1) Ver «Crónicas Riojanas y Catamarqueñas» citadas, del ilustrado Dr. Salvador de la Colina.

---

(2) Relación de mi señora madre, y de los testigos Juan de la Cruz Lucero, Jesús Barre-

dondo, que lo hizo ofuscado por el apuro inminente de la posible caída y del peligro que ofrecía su vida y de todos, dado que la divisa de la montonera por aquellas épocas, era como comunicaba el coronel Mariano Maza de Rosas cuando sus victorias, refiriéndose á lo que hicieron de los prisioneros: «hubo violín y violón», es decir degüellos rápidos y otros pesados con sufrimientos. El muchacho no era montonero, ni su edad se lo permitía para hacer

---

ra (criada de mi bisabuela); Encarnación Guzmán alias, «la cola asada»,—no se de donde le viene el sobrenombre á esa familia—descendientes de los esclavos de los padres domínicos, vecina entonces de «La Chacarita», y de Agustina Navarro que vivía tampien en esa época en «La Chacarita». «Ver tambien Crónicas riojanas y catamarqueñas» citada, y la carta de don Dámaso Mendoza que vá á continuación. Mi madre dice que ella vió cuando lo fusilaron por la espalda despuès de vendarle los ojos, lo sentaron en un banquillo, y el fogonazo tan de cerca lo ardió, se le incendiaron las ropas.

armas; había andado en un sitio alzado para que no lo hicieran pelear (ni unos ni otros), en eso lo pillaron y tomaron como espía las fuerzas de Arredondo; «como este estaba tan enfurerido» sin màs ni más lo mandó fusilar por la espalda y colocarlo en la horca á la vista de la montonera. Tan pronto esta se apercibió de un hombre colgado, vestido de paisano, en la horca de la plaza pública sitiada, lo tomó por uno de los suyos y comenzó un terrible ataque ofensivo de desquite que puso en eminentísimo peligro a los sitiadores (1).

Con estos ataques de la montonera, el estado de animo de los de la plaza era en sumo grado afligente principalmente el de las mujeres refugiadas en la Iglesia y hombres allí; hoy mismo se recuerda con pá-

---

(1) Relación de mi señora madre.

nico el episodio (1) y con la batalla de Vargas, años después, contituyen los hechos de más notoriedad recordados continuamente por la tradición en esta sociedad, de toda la provincia, desde la muerte de Quiroga y terminacion de su caudillaje horrible, en adelante. Me cuenta don Fermín de la Colina, que en una de las salidas que hizo desde el cuartel de Bustos a la Iglesia para ver su familia, la señora de don Carmelo Valdes (Mardonia creo se llamaba) le preguntó si quién era, le contestó que Fermín de la Colina, entonces le preguntó por su marido y estado de la defensa, contestándole que su marido estaba bien y no había nada, entonces, dice, le repuso, textual: «mentís, ni vos sos Fermìn, y á Carmelo lo han

(1) Doña Manuelita Luna al hacerme la narración se consternaba y horrorizaba, expresándome «que le parecía fue hoy el sitio al recordarlo».

muerto», como trastornada, tal era el estado *delirante* de los que se encontraban en la Iglesia, así se explica aquello del poncho y ¿amí me buscan? El miedo, como se dice vulgarmente, *hace ver estrellas* y no son pocas las locuras sobrevivientes de esto, como enseña la experiencia y la psiquiatría (de ahì que es un gran error hacer tener miedo a los niños). Como enseña Ribot («Psicologìa de los sentimientos» pág. 271 á 184), el miedo siendo un sentimiento de protección del organismo, útil, es normal; más en su forma exagerada es perjudicial, anormal—¡qué habría sido de esos refugiados en el templo a no ser la defensa de los de la plaza!; si los montoneros hubieran penetrado les habrían tocado «violín y violón . . . majuer la oposición de los santos que los cobijaban.

En uno de esos tiroteos *al dia siguiente* de haber sido herido Arre-

dondo, Morrillo, su ayudante, que lo sucedió en la dirección de las fuerzas, lo fué también (1). Me refiere mi señora madre que ella vió cuando lo hirieron á Morillo, espiando por un agujero de la puerta de su casa (frente á la plaza donde se encontraba ese día—no en el templo); fué al cambiarse de la trinchera de la esquina Sud Este de la plaza á la esquina Sud Oeste (como lo hacían los sitiados según la gravedad del punto) yendo por la vereda esa de la Iglesia Matriz de aquella calle, frente á la casa de don Angel M. de la Colina; recibió un balazo en la pierna que le hizo

(1) «Bosquejo Histórico de la Rioja» pág. 188. Así pues la acción de Morillo, si bien tan heroica, no fué tan decisiva para la defensa, como lo expresa el señor Fermín de la Colina, porque duró poco su dirección; más brillante fué la del entonces teniente Bernal, como se verá; si bien el hecho de no rendirse á la intimación de Pueblas salvó la ciudad.

voltear de la mano el arma que tenía, y caído fué levantado por los sitiados en la forma que lo expresa don Dámaso A. Mendoza, á continuación. Herido Arredondo y Morillo, el héroe de las fuerzas nacionales vino á ser el teniente entonces Bernal (despuès general.)

Bernal seguido de un tambor—«ño Pedrito el tambor», como se lo llamaba por lo chico, hace poco murió—daba vuelta la plaza al trote, haciendo tocar *á la carga* para alentar á los sitiados combatientes en las cuatro esquinas y atemorizar á los asaltantes que llegaban hasta las palizadas de las boca calles conquistando aún algunos de estos puntos (pero fueron reconquistados), y por los fondos de los sitios que dan á la plaza ya se asomaban (1) así pues era *de arrojo y*

(1) Me refiere mi madre que por los fondos de su casa, que dá á la plaza (actualmente al

medio la acción de Bernal, exponiéndose a los tiros de los montoneros al darles todo el blanco que querían, llevaba revólver en la mano y hacía fuego á los asaltantes mientras trotaba. «El alma de la defensa desde entonces—desde la herida de Arredondo—el que comunicaba a los demás la energía de su carácter y el temple de su valor era el ciudadano don Manuel V. Bustos, eficaz-

---

lado de la casa está el Hotel del señor Loumagne) los montoneros se venían entrando, y no hubiera quién los atajara—eran mujeres todas—si en esos momentos retrocedieron los del asalto por las esquinas al ser rechazados. La casa era de mi abuela tiene un gran fondo de media cuadra; habían saltado una murallita que dividía con la casa del señor Tomás Vera y penetrado por esos fondos. Como la casa de mi abuela, así eran todas—y aun hoy mismo—sin seguridad alguna—tapias de un metro y medio de alto, ó cercos de ramas, las dividían entonces; y actualmente no digamos mucho, existen los cercos de rama. Bernal al pasar por frente de la casa de mi abuela y por esa acera fué preguntando por ésta que abrió un poco

mente secundado por el teniente 2° don Liborio Bernal. pues el ayudante Morrillo fué al dia siguiente también herido y retirado de los cantones para ser puesto en asistencia médica . . . Alentados los sitiadores con la desaparición del teatro del combate del comandante Arredondo llevaron el 2 de Julio, después de medio día, un ataque simultáneo con todas sus fuerzas a los cantones de la plaza. En los primeros

---

la puerta, sobre el estado de la situación, y él para tranquilizar, con sangre fria, en esos momentos angustiosos en que ya caía la plaza, agitado y colorado como iba por el trote continuado al toque de LA CARGA que hacía con el tamborero que lo seguía, le contestó que no habia nada, que todo iba bien — siguiendo la marcha al trote sin detenerse!, y cerrándose la puerta—a rezar!, no obstante, que comprendían la situación: En Córdoba, me contó este mismo episodio, igual á lo referido por mi madre Clementina Alvarez de Leiva que se encontraba siendo niña en casa de mi abuelita ese dia guarecida.

momentos, dado lo impetuoso del ataque, lograron apoderarse del Cantón de San Francisco, dispersando la fuerza que lo guarnecía á las órdenes del Coronel Tristán B Dávila; y al toque de *¡á degüello!* avanzaron hasta la esquina N. O. de la plaza tomando la trinchera que por este lado la defendía. La oportuna aparición del bravo teniente Bernal con seis soldados de su batallón, apoyado por el coronel Dávila con su pequeña escolta, rechazó el empuje de más de 100 hombres y recuperó la posición de que ya se había apoderado el enemigo (Bosquejo Histórico» pág. 183). Me refiere mi señora madre que los montoneros habían roto los amarros con que estaba sujeta la barricada de la esquina N. O. de la plaza y querían penetrar cuando fueron contenidos; que por los cuatro puntos de la plaza que atacaban se oía un griterío infernal me informan otros, gritan-

do como los indios cuando van en combate, es decir, dando alaridos y golpeándose la boca: «ahora sí, ya se han *jodido* esas m...; váyanse á la puta...;» y tocaban á *degüello!*

Volviendo sobre los días anteriores, Arredondo desde la torre de la Iglesia Matriz, miraba la montonera con su anteojo militar, fué entónces cuando distinguiendo que un oficial de la banda de música de apellido Ceballos, con unos seis soldados estaba en grave peligro de caer en manos de los sitiadores por una imprudencia de este oficial, bajó Arredondo para protejerlo con 8 infantes del 6 de línea y se dirigió en su ayuda, pero al regresar de esta excursión fué que recibió una bala que le destrozó el brazo izquierdo, y es la herida referida.

La torre de la Matriz se conserva aún, es la que se vé en la lámina adjunta à este folleto.

Es la primera fotografía que se

saca también de élla (la he hecho sacar yo para este artículo); en el punto indicado con la letra *A*, ó sea donde está el campanario, se encontraba Arredondo examinando las montoneras; actualmente se conserva solo la torre, por el motivo que tiene reloj público, pues á la iglesia la destruyó el terremoto de 1894, habiéndose edificado una iglesia á la par; la torre esa fué levantada en 1851, según reza el letrero que tiene y se distingue en la fotografía; está situada en la acera sud de la plaza, casi á mitad de cuadra; tiene miradores á los cuatro puntos cardinales, y era por lo tanto, estratégica para la defensa.

Conviene rectificar la fecha del 2 de Junio que fija don Fermín de la Colina, como que comenzó el sitio, que tambien es la que fija en la otra carta aludida que escribió á mi padre en 1896. Sin embargo, la verdadera fecha es el 28 de Mayo; la

fija mi padre, véase obra cit., pág. 186 (1); la fija don Dámazo A. Mendoza en la carta aludida; la fija Zinny, obra y pág. citada; me informa oralmente doña Manuelita Luna sin que antes yo le haya insinuado la fecha; y la cita finalmente el gobernador Villafañe en el parte oficial mencionado; seguramente don Fermin de la Colina en su memoria, despues de tantos años, se ha dejado impresionar por el día màs álgido del combate, el 2 de Junio, sustituyendo esta cifra, inconscientemente, en lugar de la otra 28 de Mayo, según un proceso *nemónico* conocido, de recordar una cosa por sus accidentes principales.

Creo conveniente para que se vea el grado de veracidad de la exposición que me hace el testigo presencial, dado que despues de cin·

(1) En el libro está 18 de Mayo, es un error de imprenta, que se ve claro, porque ahí mis-

cuenta y cuatro años, y con el período de la vejez, fallando la memoria, puede pensarse de que no es un buen testimonio, publicar á continuación la carta que el mismo testigo, dirigió á mi señor padre á su pedido, en 1896, hace diez y nueve años, cuando estaba más fresco el recuerdo y tenía menos años de edad (tendría 55 años), la cual carta, además, no ha sido publicada,

---

mo continúa—«un mes despues de la tentativa del secuestro del gobernador y su gefe de Policía»—lo cual según el mismo autor tuvo lugar el 27 de Abril, pág. 185. Mi padre vino á La Rioja como oficial nacional en 1867, y entonces el recuerdo del sitio estaba muy fresco; además debo hacer presente, por razones de verdad, que mi padre tenía una notable memoria y muy especialmente para los nombres propios y las fechas, las cuales difícilmente se le olvidaban, á tal punto, recuerdo que personas del pueblo solían ir á mi casa á preguntarle sobre la edad que tenían, indicándole para orientarlo que habían nacido tantos días antes ó despues ó cuando tal hecho visible de la historia riojana, y en seguida los sacaba de duda.

tomando solo mi padre ligeros datos, que se pueden ver en la pág. 186 de su obra, y puesto que narra en esta carta otros episodios que no lo hace en la dirigida á mí.

Dice así la carta: «Señor Comandante don Marcelino Reyes. Presente. Un cúmulo de ocupaciones y dificultades porque he cruzado estos días he demorado el contesto á su estimable de fecha 9 de Noviembre último, por lo que ante todo le pido disculpa, y refiriéndome al objeto de ella, le diré: Que eran las 6 de la mañana del día 2 de Junio de 1862, cuando los habitantes de este pueblo despertaban con sorprendentes detonaciones de fusilería que se oían por todas las bocas calles. En los primeros momentos, nadie se daba cuenta de la causa de esta novedad, pues, aunque era la època de las invasiones de las montoneras que encabezaba el Chacho, se creía lejos de esta ciudad á las fuerzas de

éste. La confusión crecía porque una densa niebla que aumentaba con las humaredas de la pólvora (1), lo impidió un buen intérvalo el orientarse de lo que ocurría; pero pronto se deslindó la situación en que nos hallábamos.

«Eran precisamente las fuerzas no esperadas del Chacho, las que al mando del caudillo don Carlos Angel y el famoso degollador Pueblas los que sin ser sentidos se habían posesionado en el silencio de la noche á la redonda de esta población (2), y á la hora dicha dieron su empuje simultáneamente por las ocho boca calles de la ciudad penetrando tres cuadras de la plaza 25 de Ma-

(1) ¡Y de la pólvora de entonces! Nota mía.

(2) De lo que se podrá calcular la rapidez con que se trasladaba el Chacho de un punto á otro de la provincia, no dando tiempo aquí á Arredondo á que se anoticiara de su marcha hasta la ciudad.

yo, que fueron sentidos por una fuerza del 6 de línea que al mando del Gral. Arredondo (Comandante entonces) resguardaba entonces este pueblo.

«Arredondo desalojó a los invasores de las calles y sitios, haciéndoles bastantes bajas, algunos de los cuales colgaba en una alta horca que fijó en la plaza. (1) Tanto por el escaso número de su tropa, como por falta de cabalgadura no pudo dispersarlos quedando siempre hecha la montonera a las orillas del pueblo, lo que dió lugar a una enorme junta de gauchos que de día en día se aumentaban, incorporándose gruesos grupos y establecieron un riguroso sitio, que últimamente puso en serios peligros a la fuerza si-

---

(1) Es el caso del muchacho Dionicio, en realidad no hubo más colgado en la horca, según informes de varios testigos presenciales en este punto mi tío Fermín generaliza mucho. Nota mía.

tiada y a toda la sociedad de este pueblo—pues superfluo es decir que la eterna consigna de esa chusma era el degüello y la violación contra la gente de clase (1).

«Lo primero que hicieron los sitiadores, fué cerrarle el cauce del agua á la población, echándosela para el «rio seco», retirar todos sus víveres y establecer una forma tan rigurosa de asedio y hostilidades,

---

(1) Se vé pues que la montonera intentó primero tomar por asalto la ciudad, y que fracasando de ese intento DEBIDO A LA OPOSICION DE ARREDONDO CON LAS FUERZAS DEL 6 DE LINEA, pusieron el sitio—la primera jornada estaba pues ganada por el bravo Arredonde y compañía del 6 de línea.

No obstante, lo que expresa aquí don Fermín de la Colina, parece que la montonera respetaba el honor de las damas, según informes auténticos de mujeres; también hace unos días se expresaba a í el doctor Gaspar N. Gómez, que conoció montoneras, en presencia de don Fermín, quién no le contradijo, lo que no perdonaban era el saqueo y vida de los hombres. Nota mia.

que era imposible proporcionarse alimento ninguno; ni dormir era posible, por que si bien las fuerzas sitiadoras no se decidían á un combate decisivo era un contínuo gerrillar por las calles y por el interior de los sitios—en cuyos combates eran siempre rechazados con más ó menos considerables bajas. Más como digo antes, no era posible dispersarlos, ni tampoco batirlos á campo razo por el ínfimo número de nuestras fuerzas á la de éllos, de modo qué, aunque se les desalojaba de la ciudad, se rehacían á las orillas y se adueñaban de todos los recursos de sustento, sin que los sitiadores tuvieran medio alguno de alimentarse estando bajo de ligeras trincheras que se improvisaron. (1)

«El honor de las matronas y da-

---

(1) Me refiere doña Manuelita Luna que las trincheras las hicieron echando arena dentro de barricas q' sacaban de la casa de negocio de su

mas estaba amenazado de ser entregado a las turbas sitiadoras, por lo que todas las familias de clase abandonaron sus hogares y ganaron los templos. Dificil es pintar el cuadro con que herían el corazón humano, despues de algunos días de esta situación, el clamoreo de los niños y ancianos de las familias encerradas en los templos demandando alimentos! (1).

hermano Natal y de la otra casa de negocio que habia de «Bazàn y Luna» (Domingo). Esos tres señores, don Antonio Blanco y don Paciente Soaje (á éste yo conocí) fueron los ùnicos comerciantes que habia en La Rioja por esos años. Estos detalles parecerán superfluos á algunos, pero no á los que entienden de sociologia: ayudan á concer los tiempos, no solo por las armas sino tambien por las industrias y las letras- Nota mia.

(1) No fuè tanto la falta de alimento, cuanto el doctor Salvador de la Colina que estuvo en el templo y era niño me informa no faltó mucho—sino el miedo, lo que hacia temblar·—Nota mia.

«De las trincheras nos desprendíamos frecuentemente guerrillando en la forma antes dicha y en un encuentro que se susitó, de tantos, á una cuadra al Este del Mercado ocurriò el percance de la herida á Arredondo (1) aquién se lo alzó en brazos, y haciendo fuego en retirada, por orden del mismo, hasta la plaza, se evitó que cayera en poder de la montonera. En este caso lo sustituyen en el mando de la fuerza un señor ayudante Morillo y el general Bernal (Teniente entonces).

«En los primeros días del sitio los ciudadanos de la clase decente, armándose como podían, engrozaban sucesivamente la fuerza de línea, En seguida se le dió alguna orga-

(1) Siendo asì, resulta haber Arredondo con sus 8 soldados del 6 de linea penetrado hasta unas 2 cuadras antes de llegar al grueso de la montonera apostada en la «Hermita», lo que es un verdadero acto de arrojo. Nota mia.

nización, ponièndose todo lo que era guardia nacional bajo el mando de don Manuel Vicente Bustos, aquién nombrò Comandante de ella el gobernador de esa época don Domingo Antonio Villafañe, y se le entregó á Bustos el cuidado de dos cantones, que ultimamente se redujo á la atención de un solo cantón, porque el hambre y el desvelo nos inutilizó varios compañeros y *quedamos solos, ó pocos á seguir en la brecha* (1).

«Alentados los sitiadores con la caida del Jefe, y calculando sin du-

---

(1) Lo que viene á dar visu de verdad a la comunicatión de Rivas; solo que aquì, atribuye don Fermín la causa del desbande a enfermedades, pero como digo, verbalmente varias veces me ha repetido ahora que se ALZARON varios, algunos PRETEXTANDO estar enfermos; lo que justifica el caso que me cuenta el doctor Salvador de la Colina de una persona que fingió que le dolían las muelas y así la sacó bien por que fué retirado de las trincheras. Nota mía.

da, el desaliento que se principiaba á producir en la fuerza sitiada, por tanto día de no alimentarse, ni de dormir, se decidieron á librar un combate decisivo, al cual lo llevaron á cabo atacando, no tengo presente si el dia 8 ó 3 del sitio (1), simultáneamente por las 8 boca-calles, por los fondos de las casas, de los techos de éstas, hasta de sobre los naranjos, que abundaban entonces en los fondos de las casas, nos hacian un fuego nutrido. Las caballerías nos disparaban sus armas tendidos sus jinetes á la costilla del caballo, para no presentar su blanco á nuestros fuegos, de donde resultó que más caían caballos que hombres. Hasta muchos días después se hallaron muchos caballos en los campos próximos y lejanos de esta ciudad y por lo regular ca-

(1) Fué á los 6 dias de sitio, el 2 de Junio —Nota mia.

si todos heridos en las piernas y asentaderas, lo que se explicaba por la posición que llevaban en el caballo al atacar y volver cara cediendo á nuestros fuegos que era recio por demás y á medida del inminente peligro que todos y cada uno corría en el caso de triunfo de la montonera. Es indecible el terror, le llamaré así, que causaba los alaridos, ofreciendo el degüello, conque esa turba de asesinos saturaba sus esfuerzos durante el fuego.

«Este ataque se inició á las 2 p. m. y no cesó un instante el fuego nutrido y descargas cerradas hasta eso del crepúsculo de la noche, hora en que se le sintió vacilar á los invasores, pues, habían concluído sus municiones y se amedrentaron un tanto. No abandonaron tampoco las posiciones ganadas en el combate: que era el haber conseguido aproximarse á media cuadra de nues-

tros cantones—en algunos puntos á menos distancia. (1)

«Le diré de paso, que en lo más recio de este combate, cruzamos un momento de amargo conflicto, pues, fuimos sorprendidos con el agotamiento de fulminantes de nuestro armamento, hasta que por suerte, registrando la balija de Arredondo se encontrò una caja y ésta volvió los bríos á nuestros esfuerzos que de nuevo se empeñaron en la contienda.

«Esta jornada despues de tantos días de no alimentarse ni dormir, produjo por cierto su efecto, el desaliento en nuestros soldados y aunque resignados á no morir rendidos no habría sido humanamente posible sostenernos cuatro días más.

---

(1) Al cantón N. O. de la plaza, lo tomaron los montoneros por un momento, como queda dicho. Nota mía.

Empero, el tercero dìa (1) á eso de la una de la tarde y cuando ya nos creíamos perdidos, (2) se notó que los invasores se reconcentraron el grueso de sus fuerzas y marchaban al norte, dejando guardia en cada boca-calle. A eso de las tres de la tarde se dejaba oír confusa y remotamente detonaciones de fusil. Se creyó que querían hacer la extratagema de que combatían alguna protecciòn nuestra para sacarnos de las trincheras y batirnos á campo raso, especulando en la inmensa superioridad del número de

(1) Dice la carta, un error que se deslisó involuntario, sin duda, debe ser noveno. Nota mía.

(2) Le habría pasado á Arredondo y sus pequeñas fuerzas lo que al valiente Acha en San Juan, heroícamente vencedor en Angaco, de Aldao y Benavidez, que fué hecho prisionero en la torre de la iglesia de la plaza de San Juan, donde organizó la resistencia por los míos derrotados primero, y hecho fusilar! Nota mía.

sus fuerzas sobre las nuestras, y fuè por esto que se perdió la oportunidad de tomarlos á dos fuegos—pues lo que nosotros creíamos una maniobra fingida del enemigo, había sido que éste sintió la aproximación de sesenta infantes que Arredondo desprendió días antes del sitio á Catamarca, á las órdenes del mayor, entonces, don Julio Campos, y salieron á batirlo evitando su incorporación á nosotros; lo que no consiguieron, porque Campos, á pesar de haber sido rodeada su pequeña fuerza por la inmensa masa de montonera que le salió al encuentro, formó cuadro y se abrió paso hasta esta plaza, aunque á pié, pues le arrebataron hasta la última mula que montaba su gente y todo su convoy. Aquí terminó el sitio, pues la montonera no volvió más.

«Mientras duró el sitío, por lo regular la montonera, despues de guerrillarnos todo el día, en la noche

retiraba todo el grueso de sus fuerzas al pasto y descanso de sus caballos, dejando siempre parte encargada de hostilizarnos en la noche, y merced à esta disminución de éllos, descuidando sus vigilancias se pudo escoltar por las faldas Norte de la sierra Velázco un hombre bien pagado que llevara el aviso á Campos y la orden de incorporarse—fué como vino á saberlo; pero nosotros, á pesar de este antecedente, esperábamos muy remotamente esta protección, porque si bien se hizo esta diligencia, se creía que el chasque no dejaría de caer en manos de la montonera, por la completa dominación de ésta, en todas las vías de comunicación (1)

«No puedo precisar el número de

(1) La acción de Campos, luchando, y batiendo con una debil compañía de 40 soldados—no 60 como dice Don Fermín—á toda esa montonera, de 700 ú 800 gauchos.y à campo abierto no en trincheras, fué muy heroica. Nota mía.

bajas que sufrieron los montoneros, ni los nuestros, por razón del tiempo y por la forma de los sucesos;lo que si puedo decirle que recuerdo haber visto caer muy pocos de los sitiados, porqué como eran un número reducido podían casi resguardarse todos tras de barricas que se llenaron de arena en los cantones, improvisando trincheras.

«De parte de los montoneros, lo que es en el cantón que yo he estado, he visto caer por lo regular de tres á seis, hasta que volvían cara en cada una carga quedaban por la calle hechos pelotones, que dicho sea de paso, no avanzaban en esas cargas ni media cuadra, de carrera en sus caballos, ya volvían cara porque nuestros fuegos los arreciaban.

«Por lo demás, siempre he calculado, atendido el grupo que presentaba la montonera á un número de 3.000 hombres, poco más ó menos;

esto es después de algunos días del sitio, que lo que es los primeros invasores serían una cosa de 700 (1)

«La fuerza sitiada, antes de la incorporación de Campos, fueron 40 infantes y 39 ciudadanos voluntarios, incluso el que habla, advirtién-

(1) Hablando con don Fermín de la Colina sobre esta contradicción aparente en el número de las fuerzas sitiadoras, que fija aquí en 3,000 y en la última carta amí en 5,000, me expresa que se aumentaron DESPUES más fuerzas hasta llegar á ese número; sin embargo en vista de que en esa primera carta no dice nada de las fuerzas aumentadas en definitiva y si dice que "SIEMPRE ha calculado" en 1.000 el número de montoneros, teniendo en cuenta ademas que no recordaba de la carta que hacía 19 años había escrito á mi señor padre y siempre se quejaba de que él no le había consultado, pienso que no pasarían de 1.000 los sitiadores, y también por las razones ya expuestas, estando trascordado ahora en esto don Fermín—fue en la batalla del «Pozo de Bargas», del 10 de Abril de 1867, cuando los montoneros tenían 4.800, casi 5.000, y librada también en las puertas de la ciudad. Nota mía.

dole que estos últimos, con pocas excepciones, eran la clase decente que moraba en esta ciudad en ese tiempo, pues la gente del pueblo estaba en masa con la montonera con raras excepciones, tambien, ó eran la montonera misma unida á los foragidos de Los Llanos y laguneros con que luchábamos.

«En cuanto á medidas de gobierno, no hay hechos especiales que mencionar porque un gobierno pobre, sin rentas, como era el de ese tiempo, su misma policía no pasaba de un personal de cuatro á seis individuos, incluso gendarmes y superiores, los cuales se adherieron á uno de los cantones. (1) El gobier-

(1) Con esas policías, se explica que la montanera depusiera á cada paso gobiernos aquí en provincias—salvo la policía de Rosas en Buenos Aires, que como se sabe era grande y fuerte; en cambio habia rentas, por ejemplo, para dar tanto para las fiestas del santo tal, «patrono», ò de la vírgen cual, «patrona», ó para di-

no del señor Villafañe tuvo primeramente por ministro al señor Carmelo Valdés, ya extinto, á éste le sucedíó en el mismo ministerio don Nicolás Carrizo y un señor Brizuela, eclesiástico, y si mal no recuerdo, cuando la invasión mencionada, estaba en acefalía el Ministerio y refrendaba un Sr. Santa -- Ana, Oficial Mayor.

"Me toca, desgraciadamente, darle estos datos en circunstancias de hallarme muy interrumpido, é indispuesto, por lo que ván comoquiera, y quién sabe que Ud. pueda utilizarlos en algo—Fermín A. de la Colina—S/c, 12, 21, 96".(1)

---

vidir, dando los 9/10 de los DIEZMOS á la iglesia —según documentos varios que obran en mi poder originales y se encuentran tambien amplios en el Archivo de la Casa de Gobierno. Y pues es la policía y la justicia lo que debe cuidar principalmente el Estado. Nota mía.

---

(1) El original en mi archivo, entre los documentos de mi padre.

IV

La carta referida de don Dámazo A. Mendoza, es importante, no solo por las narraciones que trae, cuanto por ser de un testigo ocular tambien, y militante, y finalmente por no haber sido publicada, y si solo mi padre tomóde èlla algunoshechos, y por haberya fallecido ese testigo (1); por loque creo conveniente publicar. Dice así textualmente: «Señor Comandante don Marcelino Reyes—Presente.—Muy señor mío y amigo: Con el mayor agrado, doy el informe que me pide en la apreciable que precede; narraré con la exactitud que mi memoria lo permita, los hechos y circuntanchas que se determinan en su citada.

---

(1) Don Dámazo A. Mendoza, fuè tambien una persona de carácter tranquilo y ocupó posiciones principales en la administración, fuè diputado provincial, Gerente de la Sucursal del Banco Hipotecario Nacional en ésta. Nota mia.

«Tuve el honor, como Capitán de Guardias Nacionales, de formar en las filas de los defensores de la ciudad, desde el principio, hasta el fin de aquel memorable sitio. Han transcurrido treinta y cuatro años (cuando escribía la carta) y esto solo basta para que algunos de sus detalles hayan desaparecido de la memoría.

«Deseando que en algo puedan ser útiles mis referencias para la terminación de la interesante publicación histórica que prepara, lo saluda afectuosamente.—*Dámazo A. Mendoza* —S/C. Diciembre 28 de 1896. La fecha en que principian las hostilidades de las montoneras sitiadoras fué á fines de Mayo de 1862 y duraron 9 días. Su número, según cálculos de las comisiones mediadoras y de personas que pudieron verlas en su campamento, era de unos 700 á 800 hombres.

«Las fuerzas defensoras de la plaza se componían de 44 soldados del

6 de línea al mando del Comandante don José M. Arredondo, 15 guardias nacionales de Córdoba, pertecientes al regimiento que trajo el Coronel Echagaray, 20 guardias nacionales de Chilecito al mando del Coronel de la nación don Tristán B. Dávila, y 60 ciudadanos al mando del Comandante de Guardias Nacionales de la ciudad, don Manuel V. Bustos, total 140 hombres, poco más ó menos.

«En los 9 días que duró el sitio tuvimos 4 muertos y 7 heridos. Por parte del enemigo, 7 muertos vistos y como 60 y tantos heridos, según versiones.

«Al Comandante Arredondo no se le vió descansar un solo momento, durante los días que dirijó la defensa de la plaza, era el primero en correr á los puntos en que se presentaba el enemigo, defendiéndolos con valor temerario, siendo tal la rapidez y oportunidad con

que se presentaba en los puntos de mayor peligro que causó la admiración de sus amigos y el terror de los enemigos, tanto más cuanto que este valiente gefe luchó siempre con triple número al de los suyos. El luchar siempre con esta desigualdad numérica dió por resultado lo que era lógico sucediere, que el enemigo se acobardó tanto que bastaba la presencia de Arredondo para que las móntoneras huyeran desordenadamente (1). Contribuyó mucho in-

(1) Vive aún un sugeto, llamado Ramón Aballay, más conocido con el apodo de «Pataca» y es muy afecto á la borrachera; cada vez que se encuentra bajo el dominio del alcohol, comienza á gritar, textual: «é viva Aredondo», pronunciando la rr como r y á lo porteño; desde niño me impresionó este estribillo del «Pataca», que ahora me explico por el recuerdo que dejó hasta en el pueblo bajo, la brillante actuación, valerosa, de Arredondo. Nota mia

La Rioja, Enero 27 de 1875

Señor Teniente Coronel don Marcelino Reyes.

Mendoza.

Querido amigo:

He recibido su apreciable de fecha del co-

dudablemente á parte del valor con que se condujo en todos los ataques, el terror que produjo en las fuer-

---

rriente, en que me hace notar la gravedad de la causa del Gral. Arredondo, quien está próximo á ser juzgado por un consejo de guerra cuyo fallo fatal se presiente por todos.

Con este motivo me invita á que se haga una solicitud al Presidente de la Repùplica, y se firme por las matronas de este pueblo pidiendo por su vida.

En el acto de recibir su carta se ha puesto en ejecución este pensamiento, y le remito la solicitud en un paquete cerrado para que ustedes la hagan pasar á su destino, despues de verla si quieren.

Está firmada por lo mejor y màs distinguido de este pueblo.

Ha hecho Ud. muy bien dirigirse á mi para tan noble y humanitario pensamiento. Las amigas del Gral. Arredondo no podrian ser indiferentes á su desgracia, sin incurrir en la fea nota de deslealtad. Por lo que hace á mi he cumplido con gusto y con sentimiento al mismo tiempo esta misión, poniéndome á la cabeza de esa solicitud. Mi sobrino Pedro, no se hallá acá, se fué hace algunos días á Catamarca.

Su carta como la que Ud. me ha escrito se

zas enemigas el fusilamiento por la espalda del primer montonero que

---

las he remitido, haciéndole notar, que sería conveniente que de ese pueblo se hiciera lo mismo. Pueda ser que se haga algo, y en este caso sería tambien Catamarca, quien figurase como uno de los pueblos que piden por la vida del General.

Felicitando á Ud. por su nuevo ascenso militar, tengo el gusto de saludarlo, participándole que toda su familia se halla muy buena.

Su aftima y S. S.

Rosario H. de Herrera.

Según me informa la anciana señora Teododosia F. de Vera (viuda del Coronel Ricardo Vera, el que lo tomó prisionero al Chacho), la señora Rosario H. de Herrera, «fuè una de las damas riojanas que más ascendiente tenía en la política». Esta señora fuè abuela del doctor Pelagio B. Luna, gefe del radicalismo aquí, y por lo visto, hasta la política viene por la sangre.

Catamarca, Enero 25 de 1875

Señor don Marcelino Reyes.

Querido amigo:

Recibí su apreciable de 12 del corriente de cuyo contenido soy impuesto. Conforme con lo que ella me indica, mi familia se ocupa en

tomó prisionero, cuyo cadáver fué colgado en un poste en la plaza pública cumpliendo con esto la

---

La Rioja pidiendo al Presidente gracia por Arredondo. Creo en este mismo correo mandar la solicitud.

Yo voy ha hacer en este pueblo otro tanto, ojalá sea feliz en mi empeño.

Espero mi buen amigo haga llegar á manos del Gral. Arredondo la carta que á esta acompaño para él, pues se lo agradecería en sumo grado.

Soy su afmo. y S. S.

PEDRO BAZÁN

Era cuando la campaña de Santa Rosa, en que vencido Arredondo, fué juzgado militar mente y condenado á la pena de muerte; por juzgarse sedición el acto y no revolución y dado las muertes que produjo el alzamiento militar—según me informa el actual Corl .Juan J. Gómez, que fuè oficial entonces de Arredondo. Mi padre, Mayor entonces, fué Ayudante Secretario de Roca, gefe este de las fuerzas del gobierno nacional; pero como era amigo de Arredondo fué que se dirigió en ese sentido de las cartas.

De donde resulta que los habitantes de La Rioja, no olvida-

amenaza que les hizo antes que empezara el sitio.

«Al cuarto dìa de este desesperante sitio, despues del medio día, el Comandante Arredondo subió solo â la Torre de la iglesia Matriz, y dirigió su anteojo al campo ocupado por las fuerzas sitiadoras; examinaba las condiciones de aquellas para la combinaciòn del plan de ataque que tenía determinado llevarle á las tres de esa misma tarde, con lo cual opinaba terminaría el asedio. En esta inspección estaba, cuando vió que un teniente con seis soldados del 6 avanzaba con rapidez hacia el campo enemigo haciéndoles fuego graneado. A los primeros tiros la montonera toda se puso en activo movimiento, creyendo hacer fácil presa de aquellos

---

ron jamás este acto heróico deArredondo, como lo prueban las anteriores cartas del archivo de mi padre.

valientes. Pero el Comandante Arredondo, que á primera vista comprendió el peligro que corrían de ser todos flanqueados y hechos prisioneros, si es que en el acto no eran todos degollados, bajando precipitadamente de la Torre, voló al campo de guardia, sacó ocho soldados, con los que corrió por la calle Victoria (1) al punto en que se encontraban aquellos soldados, peleando ya contra toda la chusma reunida.

«Furioso iba el Comandante Arredondo, pues con aquella intempestiva salida del Teniente de la Banda de Música, venían por tierra los planes que tenía preparados para la tarde. Este individuo, como despues supimos, en estado de embriaguez engañó la guardia consiguiendo con ello sacar los seis soldados con lo que según él, se proponía hacer una heroicidad, sin darse cuen-

(1) Hoy Bartolomé Mitre. Nota mia.

ta, que lo que hacía era un daño inmenso á la ciudad y llevar á una muerte sagura á aquellos valientes soldados, que víctimas de su deber tuvieron que acompañarlo.

«Arredondo los alcanzó cuando ya se encontraban á una y media cuadra del enemigo y en medio de una lluvia de balas. Solo á la poca práctica que las montoneras tenían de las armas de fuego se debió el que escaparan con vida. Ordenó la inmediata vuelta de los soldados á su cuartel y cuando con el brazo extendido ordenaba el camino de la retirada y daba orden de fusilar al músico, una bala disparada por traidor montonero le destrozó el brazo izquierdo. Unos soldados lo tomaron en brazos y regresaron con el, mientras los otros con sus certeros disparos contenían al enemigo en su avance, protegiendo la retirada.

«Este lamentable suceso, que al momento fué conocido de todos, pu-

so á los defensores de la ciudad en la mayor desesperación. Los soldados del 6, cuando vieron llegar mal herido á su querido Gefe, lloraron como criaturas.

«Mientras tanto los montoneros, festejaban con dianas y con grandes gritos tan infausto acontecimiento.

«El doctor Corbalàn, médico del 6 procedió á la inmediata cura del herido, el que por la gravedad de la herida tuvo que guardar cama por muchos días.

«Tres días despues, de este lamentable acontecimiento, alentados sin duda los montoneros, con el vacío que dejó el Comandante Arredondo por la herida recibida, trajeron á la ciudad, como à la una de la tarde un ataque general de todas sus fuerzas, lo que nos tomò de sorpresa; pues hicieron sus preparativos con tanta cautela, que nada pudimos observar antes de su avan-

ce sobre la plaza. Aquellos momentos fueron terriblemente angustiosos. Todos á la vez corríamos á nuestros respectivos puestos.

«El Coronel Dávila que era el llamado á reemplazar al Comandante Arredondo en el mando de la defensa de la plaza, redujo sus atenciones á el cantón colocado en la esquina en que hace cruz con la iglesia de San Francisco (que fué casa de Bringas) con los soldados que trajo de Chilecito y á obedecer las órdenes que impartía el Comandante Bustos, quedando este de hecho desde este momento con el mando en Gefe de las fuerzas de la defensa de la plaza.

«El Capitán Morillo y el Teniente Liborio Bernal defendían con unos doce soldados del 6 y otros tantos guardias nacionales, los cantones esquina calle Victoria y Constitución. Los montoneros tomaron la esquina actual de Oyarzabal, casa enton-

ces en construcción, circunstancia que les facilitó el hostilizarnos con ventaja y desde donde nos hicieron tan certeros disparos que nos mataron algunos individuos y nos hirieron otros más, entre éllos el Capitán Morillo, lo cual sabido por el Comandante Bustos, corrió á ese cantón, hizo tomar al herido en silla de manos por dos soldados y con los fusiles de éstos, uno en cada mano se colocó á espalda de aquél resguardándolo con su cuerpo de las innumerables balas enemigas que se dirigían á este grupo.

«De este modo lo acompañó hasfa la Iglesia Matriz en donde se le acomodó para la atención médica.

«Con el vacío que dejó este valiente Capitán, el Comandante Bustos tuvo que redoblar su atención personal, á todos los cantones del centro de la ciudad, viéndosele á este Gefe correr á todos los puntos atacados por el enemigo no solo

dando las órdenes necesarias, sino que mezclándose con sus soldados para hacer fuego con su rifle que no abandonaba de sus manos un solo momento.

«Habiendo ya varios heridos de los nuestros, ordenó su reunión en el portal de la Iglesia Matriz, en la qne el médico doctor Francisco Alvarez (1), los asistió con el mayor esmero.

«El ataque tomaba mayor encarnisamiento por parte le los montoneros,, pues no solo lo traían por todas las calles, sino que principiaron á derrumbar con hachas las tapias divisorias, una de ellas fué, la de la huerta del Comandante Bustos.

«Al tener éste, conocimiento del

(1) Era estudiante del tercer año de la Universidad de Buenos Aires, cuando cortó sus estudios á la caída de Rosas para venir à quedarse en su provincia.

hecho corrió *solo* (1) al punto en que se oían los golpes y simulando que lo acompañaban fuerzas, principió á dar órdenes de ataque en alta voz, las que oídas por los invasores y sorprendidos por las fuertes voces de mando que este daba y creyendo que efectivamente traía soldados consigo, se dieron á la más vergonzosa fuga. Este acto de serenidad del Comandante Bustos, nos salvó de que los montoneros se nos entraran en la plaza, lo que habría sido de fatales consecuencias tanto por la diminuta fuerza que para la defensa de ésta había, como por la sorpresa de verse atacados por retaguardia.

«Un momento despues se dió aviso por el centinela de la torre que se descolgaba un fuerte grupo de enemigos al sitio de la familia Bustos (hoy Escuela Normal de Niñas)

(1) Subrayado del señor Dámazo A. Mendoza

(1), el cual estaba cercado de tapias con puerta de madera á la plaza. Conocido esto del Comandante Bustos mandó pedir inmediatamente la llave y haciéndose acompañar por *dos* (2) soldados del 6 de línea corriò á la puerta, la abrió, ordenó hacer fuego y cargar al mismo tiempo á la bayoneta. El enemigo que no se imaginó que eran tres hombres la gente que los atacaban, dispararon despavoridos, arrojando en su fuga todas sus armas que en gran cantidad se recogieron luego. Con este nuevo acto de valor volvió á impedir que los montoneros se posesionaran de la plaza.

«Al ponerse el sol y por la calle 25 de Mayo, atacó furiosamente un grupo no menos de 200 montoneros, los que dispersando el cantón

---

(1) Hoy Club Social. Nota mía.

---

(2) Subrayado del señor Mendoza.

que mandaba el Coronel Dávila y al toque de degüello, con una gritería infernal avanzó á la trinchera que estaba en la esquina de la plaza. En este terrible momento en que todo se creyó perdido, ordenó el Comandante Bustos al Teniente Liborio Bernal que protegiera la trinchera atacada. A ella fuè este valiente oficial (con seis soldados de línea llegando á aquella en el momento en que ya estaban echando abajo los palos de que estaba formada; hacen una descarga á quema ropa contra los invasores y ordena cargar á la bayoneta. El efecto de la descarga que causó la muerte de tres montoneros, el ataque á la bayoneta y la incorporación del Coronel Dávila con unos cuantos de sus soldados, imprimió tal espanto en el enemigo que sin reparar en la diminuta fuerza que los atacaba, reretrocedieron en el mayor desorden siendo perseguidos por el Coronel

Dávila y teniente Bernal hasta alguna distancia. Muchos debieron ser los heridos que llevaron porque en toda la calle se encontraron manchones de sangre.

«Con este rechazo tan inesperado de aquella salvage chusma y por lo avanzado del día, calmó el ataque de estos por todas partes, á la oración ya no se vió un solo montonero ni se volvieron á escuchar sus gritos aterradores.

«Suspendido el ataque marchamos á nuestros cuarteles en donde cada cual contaba lo que había sufrido y visto en aquella tarde de triste recuerdo.

«A las 10 de la noche, que por cierto era tremendamente fría y oscura, el Çomandante Bustos me ordenó que separara ocho soldados de los mejores de la Guardìa Nacional y revisara sus fusiles dándoles dos paquetes de cartuchos á cada uno; formados los tenía cuando

se nos unió un sargento con seis soldados de línea, el Comandante los mandó cargar armas y en seguida la de marchar. Formando dos hileras, una por cada vereda, marchamos en direccióu al Oeste, guardando las mayores precauciones para no ser sorprendidos ni sentidos hasta que llegamos al punto denominado Pozo de las Garzas, llegamos frente á un rancho ó casa, hicimos alto, y avanzó solo el Comandante, luego salió un hombre con el cual conferenció. Al poco rato salió el mismo hombre á caballo y vino á donde nosotros estábamos. el Comandante le dijo: «Es preciso que marchen con toda precaución y procuren no ser vistos, en cuanto sientan alguno toman el campo»; lo acompañamos una cuadra, siguiendo luego él solo por el lado del Chincal (1). Al día siguiente supe

---

(1) SCHINCAL, se llama así una quinta que

que era un chasque que se le hacía al Coronel Rivas que estaba en Los Llanos, comunicándole nuestra situación.

«Marchamos por la «Cuadra de los Vallejo» (1), y siguiendo despues por la calle anterior á la del Río de la Cruz, seguimos para abajo hasta llegar á los bordos de la Hermita, regresando á nuestro cuartel como á las 12 y media de la noche. En todo el trayecto recorrido no encontramos un solo montonero

---

fué de don Aurelio Vallejo, mi tio abuelo materno, hoy de sus herederos, situada en el extremo Sud-oeste de La Rioja. Por ese punto no se corría gran riesgo porque la montonera precisamente estaba situada en dirección opuesta hacia el Nor-este· Nota mia.

---

(1) Un poco más aquí, está la quinta de este nombre que el SCHINCAL, en la misma dirección; hoy es conocida con el nombre de «la cuadra de doña Rosa» (Vallejo)—tía abuela tambien mía. Nota nuestra.

lo que prueba el duro escarmiento que habían recibido en la lucha del dia, pues que los hizo abandonar hasta las posiciones que ocupaban todo el día, que era el mencionado bordo de la Hermita.

«En los días sucesivos se redujeron las hostilidades de la montonera á gritos y escaramusas á tres cuadras de distancia á lo menos, y á mandar mensajes con mujeres en los que nos anunciaban que nos iban atacar y á no dejar vivo á ningun «Collarejo» (así llamaban á los defensores de la plaza).

«Algunos sacerdotes y ancianos tomaron la humanitaria misión de ir al campamento enemigo, á pedirles que no impedieran el echar agua para los algibes, como así mismo la entrada de la carne, pues que con ello, sufrían inocentes y enfermos. Nada se consigió, se negaron á todo, creyendo que el hambre nos obligaría á rendirnos, no dejaban

de tener en esto razón, pues en tres días más todo nos faltaría, porque desde el principio del sitio prohibieron se abasteciera la ciudad.

«El día ocho pidieron $ 17.000 con lo cual levantarían el sitio, se les contestó que no había de donde sacar tan crecida suma. El dìa 9 redujeron la suma á $ 7.000' no faltando ciudadanos que algo acobardados con lo que se venía sufriendo, opinaron que haciendo un sacrificio podría reunirse esa suma con lo que se evitaría á las familias los malos ratos porque venían pasando. Pero el Comandante Bustos rechazó con tanta energia aquella opinión, que nadie se atrevió despues á sostenerla y fué por este nuevo acto de energía que los defensores de la plaza se salvaron de la humillación de capitular con los montoneros y de someterse á la ferocidad de sus instintos.

«A las dos de la tarde del mismo

día, se notó gran movimiento en el Campo montonero, los que en grupos y por distintos caminos marchaban hacia el Norte, camino de Catamarca. Al mismo tiempo y por este mismo camino, veíamos una gran polvareda, no pudiendo darnos cuenta de lo que todo esto significaba.

«Al poco rato sentimos fuertes descargas de fusilería y con esto ya no dudamos que alguien venía en nuestro auxilio. No pasó media hora cuando vimos grupos de montoneros que huían por distintos rumbos, un rato más, oimos ya claro el tambor; corrimos todos al encuentro de algunos soldados que venían desmontados y nos encontramos con la compañía del 6° y con el distinguido Capital D. Julio Campos á su cabeza.

«Ya puede Vd. amigo imaginarse cual sería nuestro contento al estrechar la mano de aquel valiente soldado y al saber que la montonera se había disuelto en completa de-

rrota y que ya no había enemigos que temer.

«Mas tarde nos hizo la siguiente referencia: «Como á una legua del pueblo fuí estacado por una masa considerable de montoneros, llevando muchos de los que iban á caballo infantes en el anca del caballo. Nos rodiaron, aumentándose su número con grupos que llegaban á escape. En vista de la enorme superioridad numérica del enemigo, mandé echar pié á tierra y formar el cuadro. La mulada ensillada quedó á retaguardia, la que aumentada con la gritería salvaje de aquella chusma se desparramó circunstancia que les facilitó el apoderarse de toda ella. Alagados sin duda con este botín, trajeron un ataque por los cuatro costados, se les dejó venir sin hacerles un tiro. Se colocaron á un poco mas de una cuadra é intimaron rendición con la promesa de que nada se nos haría; guardé silencio y tomando quizá es-

to por asentimiento, avanzaron hacia el cuadro el que los recibiò con nutrido fuego graneado. Cayeron algunos muertos y muchos heridos hasta algunos caballos tambien murieron, huyendo otros heridos.

«El pánico no se hizo esperar y los briosos asaltantes principiaron á retroceder. Aproveché esta circunstancia y ordené la marcha en cuadro con dirección á la ciudad (1.)

«Los Jefes de la montonera hacían esfuerzos supremos por contener el desbande, daban órdenes de ataque y no eran obedecidos, al contrario esto contribuyó para el pronunciamiento de su disperción en derrota, huyendo en grupos por distintos rumbos.»

«Por las referencias que termino

(1) La marcha no podia hacerse en cuadro, es un error del señor Mendoza, de acuerdo tambien á lo que dice el señor Dominguez que tomó parte en ese combate en carta á mi padre que publico adelante—Nota mia.

convendrá conmigo que son tres los héroes que mas se distinguieron en la memorable defensa que recuerda y á los que el pueblo de la Rioja deben un recuerdo de eterna gratitud.

«1° El Comandante José M. Arredondo quien con su saber y valor arrojado, supo intimidar al enemigo é imprimir á los defensores el coraje, y confianza en la victoria.

«2° Don Manuel V. Bustos Comandante de Guardias Nacionales, que supo reemplazar dignamente al primero y que con actos de valor personal y acertadas disposiciones supo contener y desmoralizar al enemigo.

«3° El Capitan Don Julio Campos que con 46 soldados del 6 de línea rechazó y disperzó á 700 y tantos montoneros, con cuya victoria, salvó á sus compañeros y al pueblo, que la desesperación, el hambre y la sed amenazaban su vida.

«En obsequio de la justicia, tengo que agregar para la consideración del pueblo, otros nombres á mi narración, pues que tambien en aquella lucha, supieron cumplir con valor recomendables los deberes de la obediencia y patriotismo impuestos por esa situación, aparte del entonces Teniente don Liborio Bernal, de cuyo valor ya se ha hecho justa mención, como de todos los soldados del 6, los de los ciudadanos distinguidos, que en los momentos de mayor peligro se presentaban voluntariamente como soldados.

«Estos fueron según mi recuerdo los señores don Natal Luna, don Fermín de la Colina, don Romualdo Meléndez, don Carmelo Valdés, don Jacinto Rincón, don Baltazar Torres, don Salustiano del Moral, don Luis Brandán, don Ramón del Moral, don Justo Ascoeta, don Miguel G. Torres, don Daniel Ozàn, don Hermenegildo Jaramillo, don Tomás San-

tana, don Domingo Gómez, don Pedro Bazán, don Aurelio Carreño, don Estanislao Herrera, don Martín Silva».

No hay documentación sobre el sitio; revisando los volúmenes del Archivo Nacional no he podido encontrar nada al respecto, lo mismo que en los del Archivo Provincial, publicados desde 1854; he buscado tambien en los originales de las actas de la Legislatura de La Rioja y no hay ni referencias al sitio en el año 1862. El único documento que existe, publicado además y oficial, es la comunicación aludida del gobernador entonces Villafañe á Paunero. Como este documento es poco conocido, no se encuentra en el Archivo Nacional, y si solo, de donde lo cita mi señor padre, en la obra mencionada de A. Díaz, historiador oriental, y poco conocida, me voy á permitir transcribirla, pues aclara además varios puntos

que están en discusión por las anteriores referencias.

V

Dice así: «El gobierno de la provincia—Rioja, Junio 2 de 1862—Al señor Gral. don Wenceslao Paunero, Comandante el gefe del 1r. cuerpo del ejército de Buenos Aires.

«El gobierno de la provincia se hace el honor de transmitir al conocimiento de V. E. que en la madrugada del día 28 del pasado, lo montonera de Carlos Angel y de Juan Gregorio Puebla, al frente de 600 hombres de caballería y 35 infantes, asaltó á esta capital y la sugetò á un riguroso sitio. La guarnición con que contaba el gobierno para salvar su honor, la líbertad del pueblo y la soberanía local, no constaba más que de una compañía del 6 de línea y 30 guardias nacionales, fuera de 20 lanceros y tiradores y la escolta del Comandante Gral. de armas de esta provincia. El señor Teniente Coronel Arredon-

do, con los oficiales Morillo y Bernal que tenía á sus òrdenes en esa sazón, demostráronse muy dignos de la causa á que pertenecen, pues continuamente batìan al enemigo en sus aventajadas posiciones hasta obligarlo à desocuparlas.

«Sin un gefe de la plaza, con motivo de la herida del señor Comandante Arredondo, el mando en gefe se confió al señor Comandante Gral. de Armas, Coronel don Tristán Dávila, quién con el sereno Teniente Bernal, teniendo en una mano sus espadas y en la otra sus revolvers, rechazaron en la esquina Norte de la Plaza, el empuje de más de cien hombres que se habían apoderado ya de las trincheras. Este golpe del enemigo dió fin á un combate que duraba ya cuatro horas y cuarto sin que en un solo segundo se hubieran dejado de romper más de veinte cartuchos por *nuestra parte* (1).

(1) Un poco exagerado aqui el informe; como

«Más de 20 hombres muertos, y otros tantos fuera de combate es la pérdida del enemigo. La plaza no cuenta más que cuatro muertos y tres heridos, fuera del Sr. Comandante Arredondo y del Ayudante Morillo.

«Demostrado una vez al enemigo la firmeza de los defensores de la plaza, no tuvo más que hacer por el momento que seguir hostilizando como al principio la población, hasta el día 5 en que preparaba para un segundo ataque, talvez màs recio que el del día dos, tuvo conocimiento que el Mayor Don Julio Campos, regresaba de Catamarca con la 2ª Compañía del 6 de Línea, á donde había ido por solicitud de aquel gobierno á contener una sublevación: se dispuso el enemigo á salir á su encuentro con toda su caballería é

---

o dije, el Gobernador estaba en la iglesia de ltras de un santo. Nota mía.

infantería, rodeándola y empeñándose un combate tenaz que dió por resultado el más completo triunfo para las armas de la libertad, quedando en el campo más de 30 cadáveres del enemigo y llevándose más de 25 heridos. El bagaje y cabalgadura de la compañía fué tomado por el enemigo, y tuvo que entrar el puñado de valientes cazadores, á esta capital, batiendo fuego y abriendo campo en medio del enemigo. La pérdida de la Compañía en esta gloríosa jornada es de un soldado muerto y otro herido.

«Desde el día 29 que tuvieron lugar algunas guerrillas parciales, siempre favorable á nuestra causa, el enemigo estableció un sitio riguroso hasta privar à la población y la fuerza sitiada, del agua y demás artículos de consumo.

«Siempre hostilizados por la fuerza de línea y por el resto de la guardia nacional y caballería, perdiendo

diariamente algunos muertos y heridos, el día dos del corriente atacó con la fuerza y la desesperación que no eran de esperarse, por los fondos de las manzanas, por las esquinas de la plaza á donde habían logrado introducirse demoliendo las murallas y echando las puertas de las casas, y por todas las boca calles, apostando su infantería y más de 300 tiradores á diez, y cuatro pasos de las trincheras y cantones, donde estaban nuestros soldados. No obstante el crecido número del enemigo, por todas partes fué derrotado dejando sembrados las calles y los fondos de las manzanas de cadáveres y heridos. (1)

«El Comandante Arredondo, tres días antes había sido herido en el brazo izquierdo en circunstancias que con la mitad de la compañía batía á

(1) Hay exageración en el número de muertos y heridos en este informe. Nota mía.

los montoneros con un denuedo y bizarría admirables. Este valiente Gefe sigue un tanto mejor. El Ayudante Morillo que sostenía un vivísimo fuego en el ataque del 2, en una de las trincheras del Sud de la plaza, haciendo frente con 12 soldados y algunos lanceros á más de cien hombres, recibiendo una tempestad de balas, piedras y cascotes, y cuando ya los montoneros se disponían á abandonar el campo, una bala arrojada del fondo de la manzana le atravesó el muslo izquierdo (1). Esta herida no es de gravedad.

«Dios guarde á V. S.—*Domingo A. Villafañe — Tomás M. Santana*—O. M.»

El hecho mismo de que el gobernador Villafañe en este su informe no recuerde para nada su interven-

(1) No obstante el informe, que no aclara bien el punto, Morillo fué herido en las circunstancias que quedan explicadas por mí. Nota mía.

ción en la contienda, revela claramente que no tomó parte, porque si hubiera tomado ya lo creo que se hubiera acordado de hacer mérito—y como ya queda demostrado, Del informe también resulta, que la parte más gloriosa la atribuye al 6 de línea y á sus Jefes y oficiales, mencionando mas incidentalmente á los guardias nacionales. Hay un hecho que aduce *algo* en favor de la tesis de Rivas entonces, y es que revisando la publicación del archivo del Gral. Mitre, hay una carta de un señor Régulo Martínez, enviado nacional en 1862 por asuntos del crédito y comercio al interior, é informa al general Mitre, Presidente, sobre la Rioja, como una provincia «sin administración, sin rentas, sin escuelas», quejándose del atraso lamentable en todo sentido y contando que al penetrar él en La Rioja, con cuatro hombres que creo lo acompañaban, lo tomaron por ene-

migo del gobierno. y produjo un *julepe* al gobernador que se *alzó* de miedo,

VI

Arredondo en carta á mi padre dice al respecto:

«Buenos Aires, Febrero 11/99

Sr. Ten. Coronel Don Marcelino Reyes—Mi estimado amigo: Contesto con retrazo la suya de 12 de Enero último por haber estado en San Fernando enfermo á consecuencia de una violencia que sufrí en un brazo al bajar de un coche del Ferro carril. Voy á responder á sus preguntas en el órden en que las formula: Me encontré solo con una compañía y la banda de música porque dos compañías estaban en los Llanos al mando del Comandante Lexica y otra había pasado á Catamarca con motivo de una revolucíón que se hizo al gobernador de esa Provincia,

«El número de las fuerzas mencionadas que quedaron conmigo, era proximadamente 60 hombres y no las mandaba el Capitan Meyer porque había muerto 20 ó 30 días antes en San Antonio. Las mandaba como Teniente, Bernal.

«La 2ª compañía que fué de Catamarca á reforzarnos, tenía 80 hombres.

«Despues de herido, entregué el mando al Coronel Dávila.

«Creo haber llenado sus deseos con la satisfacción de las preguntas que me hace, porque en cuanto á los demas pormenores de esos sucesos Vd. los conoce tambíen.

«De Vd. como siempre afmo. amigo

J. Arredondo.»

VII

La carta de Dominguez dice asì:

«Depto. Bell Villa, Junio 5 de 1899.

«Señor D. M. Reyes.

«Muy Sr. mío: Creo que á Vd.

debo la galantería del envío de un número del «Nacional» del 29 ppdo. en el cual bajo el rubro «Aniversario Glorioso», he leído con verdadero placer una narraciòn que Vd. hace del memorable sitio de La Rioja en 1862; le doy las gracias, creía que de este suceso nadie se acordaba ya.

«Permítame que le de algunos detalles con que complete sus apuntes y al mismo tiempo sobre la omisión de varios nombres que Vd. ha olvidado. La 2ª compañía del batallón 6 de línea que vino de Catamarca tenía tambien presentes en el combate de La Encrucijada, al Teniente D. Miguel Mendez y al Subteniente D. Juan Gil. El Mayor Campos, de ayudantes á los Oficiales de G. N. Don Belisario Liendo y D. Rosa Bulnes (Chileno).

«La compañía tenía en ese momento 48 plazas y un trompa (1.)

(1) Dato que está en desacuerdo con lo que

«No solo perdimos las cabalgaduras y bagajes, tuvimos 11 bajas entre muertos y heridos.

«Los montoneros eran argentinos y nos atacaron con denuedo, que pena tanto valor gastado entre hermanos.

«La entrada á La Rioja no fué en cuadro, sinó por la marcha de flanco y de paso, arriando buen número de reses, con que esa noche hubo gran festín, las pobres familias refugiadas en la Matriz hacía dos días no tenían ni agua ni víveres lo mismo que la heroica guarnición (1).

«Ya en el ocaso de la vida, su artículo me ha recordado los años de

expresa Arredondo, pienso que debe estarse á lo que dice Dominguez que vino en esa Compañía, mientras que Arredondo se encontraba ya enfermo. Nota mía.

(1) Lo que está de acuerdo con lo manifestado por don Fermin de la Colina. Nota mía.

joven y de ilusiones. Gracias. Suyo afmo. S. S.—*Juan A. Dominguez*—Administrador del Dpto. de Remonta Caballos del Ejèrcito en Bell Ville».

Cuando escribía mi padre su bosquejo Histórico de La Rioja» por los años de 1896 (que dejó sin publicar cuando murió en 1905, haciéndolo recién en 1913 mi hermano Marcelino) decía que Dominguez era el único sobreviviente al combate de «La Encrucijada», al presente no hay ninguno; el Coronel Julio Campos había muerto, como se sabe, el 90 al pié de la estatua de Lavalle, que era precisamente su admirador, Campos le hubiera dado muchos datos á mi padre al respecto, habiendo tenido entre ellos amistad de hermanos, de modo que los obtuvo de segunda mano de su hermano Luis María Campos, por conversación que le hiciera Julio, aquién cita en el «Bosquejo»—resultando pues

de importancia suma la carta de Dominguez. Lo mismo que resulta importante la trascripción de élla, como la de Arredondo, pues mi padre solo las cita tomando de éllas las síntesis de acuerdo á la obra de «bosquejo» que se había propuesto hacer.

VII

Volviendo á lo que expresaba Rivas de la falta de hombres de carácter en La Rioja, para terminar y sintetizando digo con otro dato que obtengo de un testigo ocular: *que los hubo pero que tambien hubo varios que no lo tenían.*

Me refiere el Dr. Félix Luna, actual miembro del Superior Tribunal de Justicia, de la edad de don Fermín, más ó menós, como de 75 años, que el Gobernador Villafañe, el del sitio, poco antes de este episodio, siendo gobernador y respondiendo á la Confederación ó á Urquiza en guerra con Buenos Aires, contra Mitre,

inmediatamente de vencer èste en Pavón, se pronunció el Gobernador por el nuevo régimen triunfante, cambiando así instantáneamente de política..... Esto me hace recordar á lo que pasa aún actualmente con ciertos políticos que se titulan «evolucionistas» (un sobrino carnal de ese gobernador Villafañe, el Dr. Leonidas Carreño, hijo de doña Restituta, la de la historia del poncho, que fué también gobernador de La Rioja, diputado y senador nacional, era uno de los de «las entrañas» del roquismo, cuando las oligarquías provincianas manejadas desde la casa de gobierno de la Capital Federal—llegando al poder, por un acaso, Figueroa Alcorta, se hizo de «las entrañas» del figueroismo, y como se sabe Figueroa siguió una política opuesta á «los roquistas», llegado al poder Saenz Peña, que también se apartó de las huellas de su predecesor, Carreño se hizo *saenzpeñista*, y si

es que no muere de senador nacional, á la fecha sería *placista*, á no dudarlo: de este modo se «evoluciona» de la mejor manera... para conservar los puestos públicos bien rentados, y protejer á la familia. . . . , son como el gato, aunque caigan, caen parados, no han sabido endurecer la columna dorsal, porque no se han ejercitado á marchar derecho desafiando los peligros, y han preferido las agachadas y los dobleces para mantener el equilibrio, en las plazas públicas, como el bailarín de la cuerda de que nos habla Nietzsche en su Zaratustra.

No!, riojanos—Carácter y desprendimiento es lo que hace falta para levantar estas poblaciones arruinadas por el egoismo personal, y mas labor, y *práctico*, á lo anglo-sajón, y menos funcionarismo y puestos públicos. Que cada cual se baste á si mismo y no adule á los que es

tán en el gobierno, y estos a los que están en la Presidencia.

Confieso, soy hermano político del actual Gobernador Dr. Tomás Vera Barros, y me avergonzaría de tener que acercármele para pedirle un servicio, pudiendo muy bien, como lo han hecho otros, hacer pié ahí, para levantarme presupuestivamente y «políticamente», con iguales ó mejores títulos que los que han hecho en igual forma con sus parientes; y si hago esta manifestación es para que se vea que no ignoro la «habilidad» que han tenido otros y tienen para «subir», que no soy «sonso», como se nos suele llamar á los que procedemos así—sinó es que *no quiero* proceder así porque á eso llamo yo ser *sin vergüenza*.

Es cuestión de sangre, en mucho, y el resto de educación.

El Gobernador Villafañe no obstante su cambio de política no pudo

sostenerse y renunció pocos meses después.

¡Jóvenes, que me leais, sacad la filosofía práctica que se desprende de este episodio del sitio de La Rioja: Luchad por el triunfo de las instituciones libres y de orden, sin agachadas y sin miedo; la posteridad os agradecerá y la patria se hará grande!



Post scritum. Me informa á última hora el doctor Gaspar N. Gómez, que los ciudadanos de la plaza que no se animaban á pelear para defenderse se dispersaban muchos por la casa de doña Manuelita Luna y de ahí varios llegaron de escape á la suya, que queda á los fondos, librándose así del peligro que era la plaza sitiada, entre éllos se escapó por ahí, dice, don Segundo A. Colina, hijo de don Angel Mariano, vestido de mujer— lo que dá más explicación á la carta del Coronel, entonces, Rivas, al Gral. Mitre, que critica don Fermín.



